THE HISPANIC FOUNDATION

LIBRARY OF CONGRESS 1800

Class
Book

LIBRARY OF
MAR 13 1944
DUPLICATE
EXCHANGE

GIFT OF

THE LIBRARY

THE UNIVERSITY
OF
NORTH CAROLINA

917
M385r

Ex Libris

◇

Library of the
Interamerican Section
of the
Carnegie Endowment
for International Peace

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

FRANCISCO MARTINEZ SUAREZ

RECUERDOS

DE

Países Americanos

FRANCISCO MARTINEZ SUAREZ

RECUERDOS

- DE -

Países Americanos

1a. EDICION

SAN SALVADOR

Talleres Tipográficos del M. de I. P.

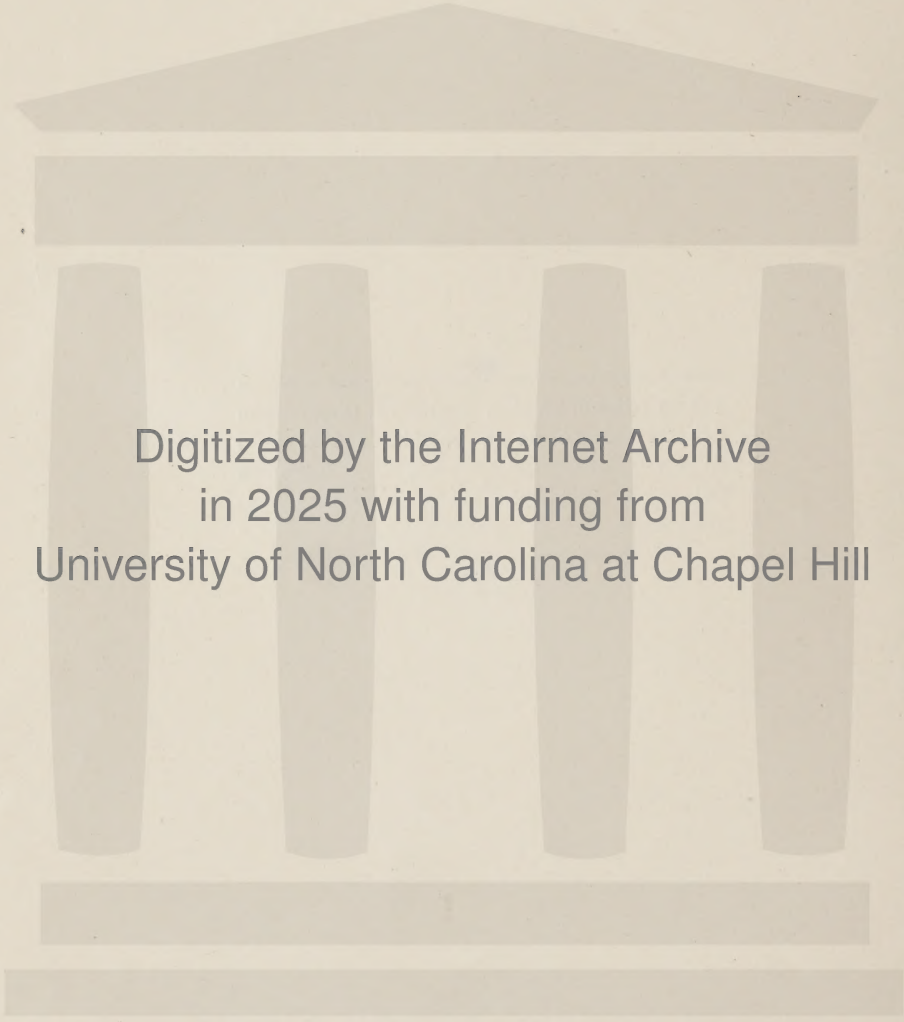
GIFT
CARNEGIE ENDOWMENT
AUG. 29, 1939

E

LIBRARY OF CONGRESS
MAR 13 1941
DUPLICATE
EXCHANGE

Esta edición ha sido hecha por disposición del Presidente de la República Dr. Don Alfonso Quiñónez Molina, con anuencia del autor, para las Escuelas Públicas salvadoreñas. -

395255


Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/recuerdosdepases00mart

Dedico estos recuerdos de mi vida a mi esposa

Clara Moreno de Martínez Suárez.

PRÓLOGO

Este libro se ha formado e impreso a insinuación nuestra. Nos corresponde, pues, presentarlo al público, aunque su autor no nos hubiese instado a prologarlo reiteradamente.

Una mañana del invierno que acaba de ausentarse de nuestro cielo, recibimos la visita del ilustre amigo Dr. Francisco Martínez Suárez. Llevaba en una mano un cilindro de papel, y en sus ojos leales y suaves y en su habitual sonrisa, percibimos

al instante los rasgos penumbrosos de una interrogación alegre. Sentado frente a nosotros, nos manifestó, extendiendo el manuscrito, que deseaba leyésemos un artículo que había escrito la víspera para que le hiciésemos las correcciones necesarias, antes de darlo a la prensa.

Entre las cualidades que hacen destacar egrégiamente la personalidad de Martínez Suárez, la modestia intelectual es la primera. Quien posée, como él, sencilla, naturalmente, esta virtud de la inteligencia, prueba que su talento no es común, sino superior. Porque la vanidad es hermana gemela de la mentecatería.

¿Qué le parece?—nos preguntó, cuando concluimos la lectura en alta voz de su trabajo.

Malo..... Muy malo.....

Sonriente nos miró, como el niño mimado a quien fingimos adus-

to seño para enseguida acariciar mejor. Pero, ante nuestra faz glacial, se apagó la sonrisa del amigo.

—Sí: ..... Tiene Ud. razón: esto no vale la pena .....

Y nos lo decía ingenuamente, como avergonzado de habernos mostrado sus cuartillas literarias.

—No es un artículo lo que debe Ud. publicar, sino un libro con todo lo que ha escrito de sus viajes y lo que es necesario agregar para completar y dar unidad a sus impresiones y recuerdos. Ni necesita Ud. expresar sus ideas y pensamientos por labios de un personaje que, por más que Ud. sepa disimular, en su artículo es su alter ego.

Acogió el amigo el consejo, y con ello ha dado otra prueba más de poseer claros y largos talentos.

Sólo los necios no aceptan indicaciones, y hasta cuando conversan, hablan exclusivamente para ellos mismos.

Este es un libro de carácter íntimo, y, sin embargo, de utilidad general. Como los libros buenos, que decía Montaigne. Porque su autor, en sus viajes de más de un cuarto de siglo por América y Europa, ha llevado siempre vigilante su espíritu de patriota. Sabe aprovechar los minutos de tránsito para mirar la vida que pasa en otras latitudes. Y luego trae enseñanzas que si puede establece personalmente y si no, las divulga por todos los medios sociales, incluso por la prensa.

Con acierto, Martínez Suárez analiza las civilizaciones extrañjeras, y hace comparaciones con la nuestra, no para exaltar las primeras y

menospreciar la propia, ni para burlarse o quejarse de lo que poseemos, como lo hacen los espíritus faltos de amor patrio y de ideas; sino para asimilar lo ajeno, para mejorar lo nuestro, para conquistar lo que nos falta, sin dejar de apreciar las excelencias de los otros. Esto es patriotismo. No de otra manera debe entenderse y practicarse el patriotismo.

Y todo lo que vé y siente bajo otros soles, lo dice con dicción clara, franca, sugestiva y con acentos poéticos a veces.

Este conjunto de cualidades, hacen de estas notas de viajes un libro que se debe entreverar con los de lectura para jóvenes.

Reverdecen en la memoria del autor varios recuerdos más, de algunos otros países europeos y americanos; pero no le ha sido dable

incluirlos en este libro por su intensa labor en la Corte Suprema de Justicia, de la que es muy honorable Presidente. Cuando disponga de más tiempo, nos brindará con otro volúmen de más amplios panoramas extranjeros.

De estas páginas se levanta un anhelo por hacer de El Salvador una nación cada vez más próspera, más feliz, más noble, más justa y más libre. Si su lectura logra llevar ese nobilísimo anhelo al alma de la juventud salvadoreña, la satisfacción del autor será ingente: su mejor recompensa. Y que de esa satisfacción nos toque siquiera una partícula, por haber contribuido a que se formara y publicara el libro.

JUAN RAMÒN URIARTE.

San Salvador, diciembre de 1925.

PRIMERA PARTE

VOY a consignar en estas páginas algunas impresiones de mis viajes, efectuados durante mis primeros años por algunos lugares de mi propio país, que es El Salvador, y después, por algunos de otras naciones de América.

I

EL SALVADOR

Era yo adolescente, y vivía con mis amados padres en un pueblo no muy lejano de la capital de la República.

Entonces era sumamente dichoso; así me sentía y me consideraba, y había motivo para ello; porque no hay tiempo más feliz, que aquel en que uno vive al lado de sus padres; recibiendo en el regazo dulcísimo de la madre, sus ternuras y caricias.

Un día dispuso mi padre llevarme consi-

go a la capital, para que la conociera, y desde aquel momento no pensé más que en el próximo viaje.

Este se realizó muy pronto. Lo hicimos a caballo, como se acostumbraba; y por no haber salido muy temprano de nuestro pueblo, tuvimos que hallarnos en el camino durante las horas posteriores al medio día, y ya cuando el sol empezaba a despedir sus últimos rayos, y las brisas movían suavemente las hojas de los árboles, que recibían con agrado aquellos resplandores, y los pájaros entonaban sus trinos a la naturaleza, que iba también a dormirse en las sombras; acertamos a llegar a una altura, desde donde pudimos contemplar un lugar bellísimo, que al verlo, nos produjo una indecible alegría y una gran emoción de gozo y contento. Si pudiera hacerlo, expresaría todo lo que sentí en aquella ocasión, y que aun conservo en mi memoria, como si estuviera efectuándose.

¡Qué perspectivas tan bellas, y qué encantos los que se descubren! Parece que la naturaleza hubiera hecho un acopio de sus gracias y de sus galas, para ofrecerlo a los hombres como un oasis de las tristezas de la vida!

Emocionado y lleno de una especie de arrobamiento, pregunté a mi padre el nombre del referido lugar, y me dijo llamarse *Valle de Jiboa;* agregando que un distinguido escri-

tor extranjero, que había pasado por allí, había dicho, que lo que estábamos contemplando, era uno de los paisajes más hermosos de la tierra.

Valle de Jiboa y volcán de San Vicente (El Salvador)

Seguimos nuestro camino, llegamos a San Salvador; y nos hospedamos en casa de un amigo, como entonces se usaba, en que por la carencia de hoteles, las amistades se prestaban mutuamente este servicio.

Mi padre tenía que ocurrir a una de las oficinas públicas instaladas en el Palacio Nacional, que no es el actual edificio, sino el anterior, que también fué hermoso y elegante, construido en el mismo solar, de dos pisos

como el presente, y que fué destruido por un incendio, que todos lamentamos cuando sucedió.

Palacio Nacional antiguo (San Salvador, El Salvador)

Me manifestó mi padre, que el día siguiente a nuestra llegada iríamos al Palacio; él para cumplir con su cometido, y yo para empezar a conocer la ciudad.

Salimos de nuestra casa en la fecha indicada; nos dirigimos hacia el Occidente, y llegamos a un precioso jardín, y luego al Palacio que se encontraba al frente.

Gratísima fué la impresión que me causó la presencia del jardín, que se llamaba Parque Central, hoy Parque Bolívar; una impresión im-

Interior y kiosko del Parque Central, San Salvador, El Salvador

El Parque Bolivar actual (San Salvador, El Salvador)

borrable de admiración y de alegría, como no la he experimentado en ninguna otra parte de las que he conocido; por eso he querido hacerlo constar en estas líneas.

Palacio Nacional nuevo (San Salvador, El Salvador)

Según he dicho, cuando ya fuí hombre, tuve oportunidad de visitar otros lugares.

II

REPÚBLICA MEXICANA

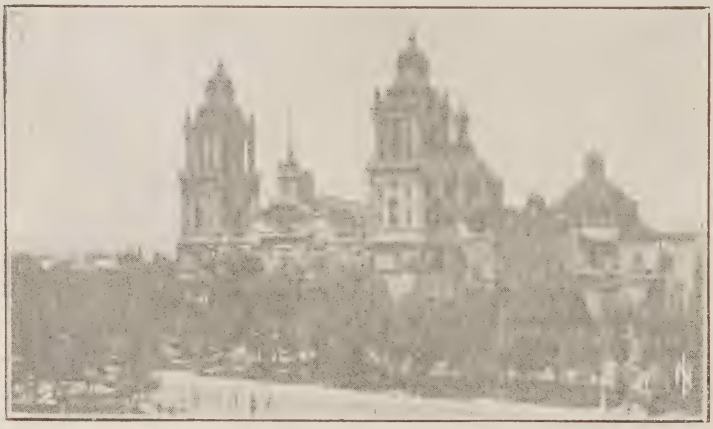
De paso para la América del Sur, a donde iba como uno de los Delegados de El Salvador a la 4ª Conferencia Panamericana, que debía reunirse en Buenos Aires, estuve en la ciudad de México, país de los aztecas en tiempos precolombinos; después capital del imperio de Iturbide, uno de los libertadores de la nación mexicana, y del imperio de Maximiliano de Austria; muertos ambos trágicamente, víctimas de su intento de establecer un gobierno monárquico en el mundo que descubrió Cristóbal Colón, que es la tierra de la democracia y del derecho.

Sabido es que el Emperador Napoleón III, deseando poner dique al gran poder de Estados Unidos, cuyo prodigioso desarrollo preocupaba a Europa, dispuso, de acuerdo con otros soberanos, establecer un imperio en México; pero el Gobierno americano, aunque se encontraba en circunstancias difíciles por la guerra de secesión, protestó e hizo reclamaciones contra aquellos procedimientos.

Los ejércitos invasores tuvieron que desocupar el territorio mexicano, y Benito Juárez

dió en tierra con el Gobierno imperial, establecido por segunda vez en su país; haciendo triunfar los fueros de la República.

Aquella ciudad hermosísima es verdaderamente la ciudad de los Palacios: el Castillo de Chapultepec, la Colonia Juárez, la Colonia Roma y muchísimos otros edificios lo son, magníficos, lo mismo que sus monumentos; destacándose como una maravilla de los tiempos de la colonia, la Catedral, construida en el propio sitio en que estuvo el templo de Teocali, de los antiguos mexicanos.



Catedral de México

En la avenida principal de la Reforma, que es un paseo bellísimo, se halla el monumento levantado al gran Emperador azteca Guatimozín.

Monumento de Guatimozìn (México)

¿Cuándo tendremos nosotros en la Avenida Independencia, en el Campo de Marte, que ha sido como aquélla últimamente hermoseado, o en algún otro punto conveniente de San Salvador, un monumento a Atlacat, que corresponda por todos conceptos, a la gloria de este gran señor de Cuscatlán, símbolo del amor a la libertad del pueblo salvadoreño?

México, dice Gabriela Mistral, es el pueblo que canta. El azteca, el tolteca y el maya eran músicos; el canto fué una de sus ma-

Campo de Marte de San Salvador (El Salvador)

nifestaciones religiosas. Cantaban sus sacerdotes, saludando al sol en las pirámides mara-

Atlacat el joven (El Salvador)

villosas de Teotiguacán, y respondía a sus pies el coro inmenso.

«La música no está en México aristocratizada en academias de canto; no se ha hecho en ella un lujo más de ricos; es el arte por excelencia; pero un arte cultivado en el pueblo con intención de refinamiento, sin el descuido y la inferioridad en que suelen caer las artes populares.

«La Dirección de Cultura Estética ha derramado sus maestros de canto por todas las poblaciones rurales, para que formen las llamadas orquestas típicas de cada región, así como ha derramado también a artistas de tea tro criollo, para que lo creen en las aldeas indias.

«Cuando el canto penetra la vida nacional, la belleza se convierte en una cosa profunda y humana y en una fuerza civilizadora tan grande como las religiones.

«Esta es la obra larga, lenta y santa que se ha empezado ya en Chile, y que México realiza hace siglos y la tiene ya consumada.»

Esto también deseo yo para El Salvador, en donde hay materia apropiada para esa obra.

Atrayente es la historia de aquella nación, y grande el interés que despierta: ¡qué de episodios complejos!; ¡qué de hecatombes, de caídas y de triunfos!

Cuando llegué por primera vez, la ciudad estaba alegre y bulliciosa.

Una de las numerosas colonias extranjeras había dispuesto un corso de flores, en honor de la señorita Corral, hija del Vicepresidente de la Repùblica, el que gozaba de la estimación y confianza del dictador. La fiesta estuvo espléndida.

Poco tiempo después se celebraron suntuosamente las fiestas centenarias. El Presidente apareció con los esplendores de un emperador, y en el momento más solemne, el embajador americano, en su entusiasmo, según rezan las crónicas, calificó al General Díaz como el primer estadista del mundo.

Unos meses habían transcurrido, y este personaje no era ya más que un desterrado, que acaso no podría exclamar cual otro Escipión: ¡ingrata patria; no poseerás mis huesos!

La familia Corral también se fué al destierro.

¡Qué variable es la suerte que impele a la humanidad!

Parece que nadie sabe adonde va; y como las hojas de la leyenda de Gustavo Adolfo Becquer, cada uno pudiera decir: ¿lo sabe acaso el viento que me empuja?

Pero la suerte no está sujeta al destino ciego; el hombre ha sido dotado de facultades que le permiten dirigir sus acciones por

el sendero del bien, de manera que puede librarse de muchos padecimientos no sólo físicos, sino también morales; y que le permiten prever los acontecimientos, para procurarse su mejora y bienestar.

Ya en tiempo del poeta Homero, según su expresión, se sabía que les vienen a los mortales por sus locuras, infortunios no decretados por el destino.

La práctica de los principios de justicia, sobre todo, en las relaciones sociales, es un medio salvador de la humana especie.

Entonces ya fulguraba la noble y gloriosa personalidad de Francisco I. Madero.

III

BRASIL

Fuí también a la ciudad de Río de Janeiro, cuya bahía es grandiosa, y en esa portentosa creación, no sólo hay que admirar la obra de la naturaleza, sino la de los hombres.

El Botafogo con su asfaltado, sus malecones y sus avenidas de árboles, es incomparable. Todo el Botafogo es un verdadero collar de perlas, que deja nuestros pobres ojos deslumbrados, atónitos, ha dicho un escritor.

Recuerdo el Pan de Azúcar y también el Corcorado, al que se sube por medio de un funicular, y desde donde se divisan dilatados horizontes y bellísimos paisajes.

Bahía de Botafogo (Rio de Janeiro, Brasil)

Encantadora es la capital del Brasil, de aquella nación, patria de Pedro II, apellidado el grande, por sus esfuerzos abolicionistas de la esclavitud; de Diodoro Dafonseca, que hizo culminar el sistema republicano en el nuevo mundo; de Ruy Barbosa, personalidad descollante, candidato a la presidencia, y que no triunfó; porque los hombres de tales méritos, sólo llegan al poder por casualidad, como Wilson en Estados Unidos, Restrepo en Colombia y algún otro; y de Olavo Bilac, poeta y orador de talla colosal, el Castelar sudamericano, por la poesía de su verba.

La Bahía de La Unión, (Sl Salvador)

Pensé en nuestra bahía de La Unión, que es, asimismo, una cosa espléndida, y en su gran progreso y en la transformación que le depara el porvenir.

Me he imaginado esa ciudad como la Río de Janeiro del Pacífico; con malecones y avenidas de árboles, con sus calles asfaltadas y sus edificios, que serán palacios.

IV

ARGENTINA

Después me dirigí a esta Repùblíca, y pude ver con mis propios ojos aquel enorme Río de La Plata, igual a un océano.

Llegué a la capital de dicha nación prodigiosa por las producciones de su suelo.

Cuando conocí Buenos Aires, la saludé con la exclamación de un Rey de España ante Granada, capital de los moros: ¡Estoy prendado de tu beldad!

La Avenida de Mayo, la Calle Callao, la Avenida Alvear, la Calle Florida; todo es hermosísimo; y también, el Palacio del Congreso, el de Justicia, la Casa Rosada y el Teatro Colón, éste, sin duda alguna, lo más suntuoso de la tierra, y el gran Parque Palermo, una especie de Bosque de Boloña.

Hablo de la suntuosidad del teatro Colón, recordando las funciones de gala con que se

nos obsequiaba por el Intendente Municipal señor Güembes. Era de admirar no sólo la arquitectura y el arte regios del edificio, si no también la elegancia y hermosura de las damas que ocurrían a presenciar las óperas representadas por la compañía italiana que actuaba en aquel Coliseo, compuesta de renombrados artistas, entre los que sobresalía, como un astro esplendente, Titta Ruffo, el primer barítono del mundo, según el sentir de los entendidos. Se representaban las óperas de Wagner y de otros maestros célebres; y aquello era todo de un efecto maravilloso; pero cuando el artista aparecía casi divino era en la ópera Hamlet.

Teatro Colón de Buenos Aires, República Argentina

Varias veces fuí a las representaciones de obras nacionales, por artistas del pais, en algunos otros teatros de la ciudad; y esta clase de espectáculos, que tanto contribuyen al desarrollo de la literatura y a la formación de un teatro nacional, sería sumamente útil verla fomentada en El Salvador.

Produce la admiración del viajero, el Asilo llamado Colonia Nacional de Alienados, de Open Door, o Puertas abiertas: es un establecimiento de beneficencia, de lo más hermoso y bien provisto; los asilados se encuentran con entera libertad en una extensión de terreno de muchas áreas y en pabellones elegantísimos e higiénicos.

Muchísimas fiestas fueron dedicadas a la Conferencia; reflejándose en ellas la gran riqueza de la nación argentina.

El Hipódromo es magnífico, fuimos convidados para unas carreras, y allí estuvieron los altos funcionarios del Gobierno, los delegados a la Conferencia Panamericana, a los que eran ofrecidas, y como invitado de honor, Clemenceau, el político de Francia, redactor del Hombre Libre. ¿Quién me iba a decir que esa persona a la que fuí presentado entonces, sería dentro de algún tiempo, con motivo de la próxima guerra, el gran francés, el hombre que atraería la admiración de las gentes?

Sus plazas, calles y avenidas llevan los

Monumento de San Martìn, Buenos Aires (Argentina)

nombres de sus lugares históricos, de sus héroes y sus patriotas; y muchos monumentos se encargan de perpetuar en el recuerdo de las generaciones, la gloria de sus benefactores.

Un día, 9 de julio, como se acostumbra anualmente, hubo una revista militar, en celebración de esa fecha memorable. Las tropas, en considerable número, marcharon por algunas calles de la ciudad, y pude juzgar en aquella oportunidad, de la alta cultura cívica de los argentinos: Llevaban los diferentes cuerpos, acompañados de las respectivas bandas de música, su bandera correspondiente, y era de notar que todas las personas que presenciaban el desfile, saludaban la insignia nacional, cuando pasaban las tropas frente a ellas.

Los argentinos son como los que más, muy amantes de su tierra; por eso la han hecho amar y admirar. Recuerdo un episodio ocurrido en una escuela de Buenos Aires, establecida para niños de familias italianas, y que indica el alto grado de civismo que se ha alcanzado.

Se verificaban los exámenes de varios niños, y uno de los examinadores, que veía en el Salón Principal, entre otros, el retrato de José Garibaldi, preguntó al alumno, de qué personaje era la efigie; el niño contestó inmediatamente: es del General Garibaldi; ¿y cómo sabe Ud. eso?, prosiguió el examinador;

porque mi padre tiene en nuestra casa ese retrato, agregó el niño.—Entonces siguió diciendo el examinador: ¿cuando Ud. sea grande, tendrá en su sala el retrato de Garibaldi?; no señor, fué su contestación; mi padre lo tiene porque es italiano; yo tendré el del General San Martín, porque, aunque de padres italianos, soy argentino.

Para los argentinos, según su pensar y sentir, no hay libertadores como San Martín, ni patriotas ni estadistas, como Sarmiento, maestro de los maestros, propagandista de la enseñanza; ni grandes hombres como los suyos. Cada uno se ha interesado y se interesa por hacer de la capital, lo que es, su orgullo y una de sus glorias más legítimas. Si así fueran los de los otros países, qué bellas serían sus ciudades.

La prensa argentina llama la atención en el mundo. La Nación y La Prensa honran el diarismo, y lo mejor que puede decirse de estos diarios, es que ponen especial empeño, en que sus informaciones y noticias sean verídicas, y su labor fecunda y provechosa, con altos fines humanos y patrióticos.

También son muy afectos a la intelectualidad; constantemente llegan sabios y literatos extranjeros a dar conferencias, principalmente en los centros de enseñanza de Buenos Aires. Enrique Ferri, Clemenceau y muchos otros han visitado con tal fin aquella urbe.

En asuntos políticos han de ser muy exaltados; los opositores critican acerbamente a los mandatarios; esto lo digo por la manera de tratar al Presidente Figueroa Alcorta, alto representativo en lo político y en lo intelectual, quien gobernaba en concepto de Vicepresidente. Lo menos que se les ocurría era llamarle *jettatore*, y decían que al que le daba la mano, sucumbía; que al felicitar al Presidente Quintana, cuando éste tomó posesión de la Presidencia, lo dejó herido de muerte, y falleció muy pronto; y que ya en el ejercicio del poder, Figueroa Alcorta recibió al Presidente de Chile don Pedro Montt, que llegó en visita de cortesía; le dió un abrazo, y también murió luego; y que fueron igualmente víctimas de su contacto, varios de sus Ministros.

Oí decir en la Argentina, que cuando Dios creó el mundo, pasó su mano por aquella porción de la tierra, y surgieron las pampas de exhuberante fertilidad.

Pero aquellas inmensas llanuras, aunque bellísimas, me traían a la memoria mi país montañoso de El Salvador, haciéndome echar de menos el San Vicente, «que en tul se vela de azulino nácar»; el Izalco con sus penachos de humo y fuego; y el San Salvador, con su alfombra de cultivos de toda clase, que tantas veces ha conmovido los valles de nuestra ama-

da Cuscatlán; mas a pesar de sus enojos, lo recordaba con cariño.

Por motivos especiales, estuve en relaciones con distinguidas personas, entre otras, que formaban parte de la Conferencia, el doctor Roque Sáenz Peña, autor de la célebre frase: América para la humanidad; siguiendo el pensamiento de Alberdi: gobernar es poblar. Sáenz Peña era afable y bondadoso; en los días a que me refiero, había sido electo Presidente de la República; el doctor Antonio Bermejo, alta mentalidad, de muchos prestigios para Gobernante; pero que para alejarlo de la política, lo llevaron a la Presidencia de la Corte de Suprema de Justicia, y él que es desprendido y nada ambicioso, aceptó ese cargo, que allá como en otros países convenientemente organizados, se confiere a perpetuidad, o por largo tiempo, lo mismo que las otras Magistraturas.

La principal razón para que estos empleos no tengan tiempo limitado, consiste en garantizar la independencia de los funcionarios, principalmente, respecto de los litigantes, o sea de los interesados en los asuntos que se controvierten.

Sin embargo, creo que entre nosotros no sería conveniente establecer una reforma de tanta trascendencia; esto es, la Magistratura vitalicia; pero sí pienso que no está conforme

con la ciencia constitucional nuestra ley, que fija un período de tan corta duración para el ejercicio de dichas funciones; las constantes reelecciones de los Magistrados, no son suficientes para aminorar el inconveniente apuntado.

No puedo olvidar en esta narración, al doctor Estanislao S. Zeballos, uno de los más notables internacionalistas sudamericanos.

Varias veces gocé con su agradable, y a menudo, sarcástica conversación. En una de esas ocasiones, dijo que era yo el primero de la *República de San Salvador* que honraba su casa con mi presencia. Agradecí la cortesía; pero sentí muchísimo que aquella persona tan ilustrada y tan distinguida, no supiera el nombre de mi país, y le envié unas publicaciones en que aparecía el que verdaderamente tiene.

No es remoto encontrar hombres de reconocida ilustración, que poseen pocos datos y conocimientos de los países pequeños como el nuestro; y así se explica que Willian J. Bryan, siendo Secretario de Estado de Estados Unidos, al saludar en cierta ocasión solemne en Wáshington, a unos representantes diplomáticos nuestros, les haya dicho que sentía satisfacción al estrechar la mano de los que representaban el primer país que descubrió Colón. Los salvadoreños le manifestaron atentamente, que no eran de la isla de Gua-

naní, sino de El Salvador, una de las Repùblicas de la América Central; el señor Bryan se disculpó; y algunos días después que se volvieron a reunir, con motivo de una recepción, les dijo, con la más alta sinceridad, que ya había estudiado la Geografía de la República de El Salvador.

Por eso creemos que merece muchos elogios la provechosa labor que en la actualidad se ha emprendido, de dar a conocer nuestra patria en el extranjero.

El doctor Zeballos dió en la Escuela de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, una conferencia, dedicada a los centroamericanos residentes en aquella ciudad. El conferencista desarrolló magistralmente algunos temas importantes de Derecho Internacional, y se refirió a la Corte Centroamericana de Justicia, cuya sede era Cartago, en Costa Rica; elogiando su establecimiento, y el ejemplo civilizado que a las demás naciones habían dado las Repúblicas del istmo. La Corte ha desaparecido; pero será siempre una demostración de alta cultura de los países centroamericanos, y perdurará en la historia como una institución beneficiosa.

Es de esperarse, que este ejemplo influirá para que pronto se establezca la Corte Panamericana de Justicia, de la que El Salvador ha sido desde hace tiempo entusiasta.

En otra conferencia que dedicó a los latinoamericanos, que también se encontraban en Buenos Aires, abordó temas, asímismo, de importancia; sosteniendo que las naciones de este continente, debieran adoptar el principio del domicilio para resolver las cuestiones de Derecho Internacional Privado; y en cuanto a la nacionalidad, el principio *jus solis*, para que los hijos de padres extranjeros, nacidos en territorio de una de estas Repúblicas, sean considerados como nacionales; sin perjuicio de que al llegar a la mayoría de edad, puedan decidir si aceptan la nacionalidad de su padre o madre.

Incontable es el número de barcos de todas nacionalidades que constantemente están surtos en aquél puerto, y que *forma un inmenso bosque de mástiles.*

El asombroso progreso de la República Argentina en todos los órdenes de la actividad, está demostrando de una manera palpable y elocuente, lo que han dicho muchos hombres pensadores: que los países latinoamericanos son tan capaces de realizar los grandes ideales humanos, y de cumplir los altos destinos a que está llamado este hemisferio, en el desarrollo de una grandiosa civilización, como los pueblos constituidos por razas que se conceptúan las más elevadas.

V

LA CORDILLERA

De Buenos Aires, me dirigí a los Andes con el fin de contemplar de cerca y atravesar aquellas montañas enormes, de las que un escritor sudamericano ha dicho: «que la naturaleza ha desplegado todo su poder al aglomerar aquellas grandiosas moles, sin más ornato vegetal que el cautus, el musgo y la jarilla resinosa, cuyos severos paisajes infunden recogimiento al ánimo y dan la idea de la creación embrionaria, surgiendo del caos».

«A sus pies se desenvuelven valles profundos, circunscritos por peñascos escarpados a manera de murallones, cuyas crestas se pierden en las nubes que las coronan, entre las que se ciernen los cóndores de alas poderosas, únicos habitadores de aquellos páramos».

Llegué a esos Andes altísimos que fueron la pesadilla del general San Martín, quien cual otro Aníbal o Bonaparte, había dispuesto atravesarlos, para completar sus planes en favor de la revolución emancipadora.

A pesar de que tenía que vencer otros obstáculos aún más insuperables, el héroe y libertador, divisando la vasta cordillera, desde la ciudad de Mendoza, exclamaba: «lo que no me

José San Martín, Libertador de la Argentina.

deja dormir es, no la oposición que puedan hacerme los enemigos, sino el atravesar esos inmensos montes».

Razón de sobra tenía San Martín en desvelarse, pensando en la región andina, que carecía de caminos, y se hallaba cubierta de nieve perpetua; pero el invicto General realizó la empresa gigantesca y audaz, y con los triunfos de Chacabuco y Maipó, selló para siempre la independencia de dos naciones, que lo aclaman Libertador de la Patria.

Entre la Argentina y Chile, se atraviesan en la actualidad los Andes, por medio de un ferrocarril de cremeyera, e impresiona el espíritu ver a un lado el abismo y al otro la montaña inaccesible. Allí es donde el soroche acomete al viajero, cuyo corazón no está fuerte.

A propósito del ferrocarril trasandino, se me viene un recuerdo que me hace pensar que los que viajan tienen que ser muy previsores.

Viajábamos en el trasandino, y durante todo un día, desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde nos dejaron a la luna de Valencia, sin ningún alimento, no obstante que venían en el tren algunas distinguidas familias argentinas y el culto y caballeroso joven Cochrane, representante de la Gran Bretaña en las fiestas centenarias de Chile, bisnie-

to del gran marino británico del mismo apellido, que luchó por la independencia de esta nación, Argentina y el Perú, «aquel que era el tipo ideal de aventuras extraordinarias. Como el Teseo de Plutarco, el Hércules de la fábula o el Aquiles épico, diríase que fué el engendro de alguna diosa liviana de la mitología que incorporara su fuego sagrado a la arcilla humana. Alma soberbia que no admitía la superioridad de nadie, ni aun de la Asamblea soberana de su patria; naturaleza poderosa, ávida de acción y de emociones y presa de apetitos complicados; figura atlética, cu ya varonil belleza con rasgos de enérgica fealdad realzan luces resplandecientes contrastadas por sombras que las obscurecen; era uno de los primeros entre los héroes de la primera marina del mundo, y fué el primero sin disputa en los fastos de la independencia de tres naciones sudamericanas».

Por otro punto de los Andes más alto aún que el ferrocarril, se encuentra la estatua de Cristo Redentor, colocada allí por Chile y la Argentina, en señal de reconciliación y amistad indestructible.

La guerra iba a estallar entre estas dos naciones; y hubo dos patriotas que hicieron esfuerzo supremo para evitarla; y lo consiguieron: Pedro Montt, chileno, que después fué Presidente de su país, y Emilio Mitre, argentino,

Estatua de Cristo Redentor, Los Andes

periodista, hijo del célebre General Bartolomé Mitre.

La paz se firmó, y los nombres de aquellos benefactores quedaron esculpidos en la gratitud de sus compatriotas.

En el pedestal de la estatua de Cristo, aparece esta leyenda: «Primero se derrumbarán estas montañas, que menoscabarse en lo más mínimo, la amistad sincera que existe entre el pueblo chileno y el pueblo argentino.»

¡Qué ejemplo tan digno y elevado ofrecen aquellos países jóvenes del nuevo mundo!

VI

REPÚBLICA DE CHILE

Por haber sido nombrado un chileno Presidente del Consejo Supremo de la Sociedad de las Naciones, escribí el artículo que aparece en seguida, y al que le dió cabida en sus páginas el Repertorio Americano de San José de Costa Rica.

UNA CANDIDATURA SIMPÁTICA

Celebrábase en la capital de la progresista y culta nación chilena, el centenario de la independencia nacional, en septiembre de mil novecientos diez.

Se hallaban reunidos en aquella hermosa ciudad los embajadores y delegados de muchas naciones de América y Europa, festejando a Chile, con montivo de la gloriosa fecha que se conmemoraba.

El Gobierno de la República y todas las clases sociales tributaban a los representantes de los países amigos las mayores demostraciones de cariño y cortesía, en medio del más grande entusiasmo y alegría de las fiestas centenarias.

Todo era dicha y contento; todo placer y regocijo: los corazones palpitaban al unísono

en loor de la viril y noble patria de O'Higgins, de Balmaceda y de los Montt.

Espléndidas fiestas se efectuaban en el cerro de Santa Lucía, convertido por el esfuerzo de Vicuña Mackenna, el primer santiagueño de Santiago, en un espléndido y pintoresco paseo, rival del Tibidabo de la bella ciudad de Barcelona.

Un Sendero del paseo de Santa Lucía (Santiago de Chile).

En el amplio y hermoso Parque Cousiño se había verificado una magnífica revista militar de doce mil hombres del ejército chileno, tan bien preparada y tan magistralmente pre-

sentada y desarrollada, que mereció los aplausos prolongados y repetidos de miles de espectadores y una ovación de los embajadores y delegados extranjeros allí presentes.

También nos viene a la memoria la revista naval, efectuada en el puerto de Valparaíso, en que tomaron parte buques de guerra de varias naciones. Imponente y magestuosa fué aquella manifestación, en honor de la República de Chile. Las naves estaban empavesadas y vestidas de fiesta, y flameaban al viento las banderas. Apareció a la vanguardia el «Wáshington», de la marina de Estados Unidos, como portaestandarte, y le seguían los buques de las demás naciones representadas: España, Argentina, Brasil, Alemania, Japón y otras, que unidas a la marina chilena, ofrecían a la festejada la contemplación de un grandioso espectáculo!

Varios bailes de sociedad se habían efectuado, con ocasión de la celebración del centenario de la emancipación política. Cultísimas y elegantes damas, poseedoras de una refinada educación, llenaban los salones en que se verificaban aquellas flestas; y ya que de ellas hablamos, siguiendo nuestros gratos recuerdos de aquellos días, se nos viene también a la memoria, una costumbre establecida en la sociedad santiagueña.

En los bailes, las señoritas que son invi-

tadas para una pieza, salen con el caballero que ha tenido para con ellas aquella atención, cuando la música comienza a tocar; pero a poco de bailar, llega otro caballero, y durante la danza, le quita a éste su pareja; después llega otro y hace lo mismo, y así sucesivamente, cuantos quieren hacerlo, hasta que la música deja de tocar. La señorita que tiene más caballeros que la quiten, es considerada como más atendida.

Oímos algunas críticas, respecto de esta costumbre, y algunas bellas chilenas estuvieron de acuerdo con esas críticas; pero tal vez así se usa en otros países, o se propagará en ellos esa costumbre, puesto que puede muy bien ser del agrado de los padres de familia, como lo es en Chile.

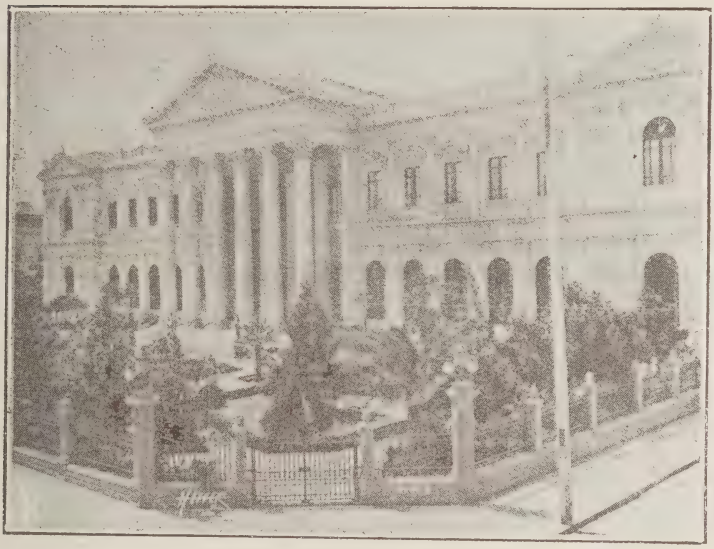
Mas concluyamos esta digresión, y hablemos del punto principal de nuestro relato.

Había fallecido hacía poco el Presidente de la República señor Montt, y también el Vicepresidente que le había sucedido en el poder, señor Fernández Albano; habiéndose hecho cargo de ese alto puesto, en concepto de Ministro más antiguo, don Emiliano Figueroa Larrain, de la familia de los patriotas de la independencia, de este apellido.

No obstante que se celebraban las fiestas centenarias, y que todas las clases sociales estaban embargadas con el recuerdo de aquel

suceso, era necesario proceder a la elección de Presidente de la Repùblica, conforme a las prescripciones constitucionales.

La elección debía hacerse por medio de electores, y en aquella ocasión se reunieron éstos en el Salón Principal del Palacio del Congreso.



Palacio del Congreso (Santiago de Chile)

Se hicieron varios escrutinios de los votos, y más de una vez, obtuvo mayor número, aunque no el suficiente para resultar electo, el distinguido ciudadano, Agustín Edwards, personalidad de lo más saliente por su posi-

ción social y sus dotes intelectuales y morales, y sobre todo, por su desinteresado patriotismo.

Era en aquel entonces Agustín Edwards muy joven, y gozaba, junto con el Presidente Figueroa Larrain, de la simpatía de las delegaciones. Se decía que pertenecía a una de las familias más ricas del país, y era propietario y uno de los redactores del «Mercurio», el principal diario de la República; que su labor era meritísima y se preocupaba por el bienestar del pueblo y la grandeza de su patria.

El señor Figueroa Larrain manifestó categóricamente desde un principio, que no aceptaba ser postulado como candidato a la Presidencia; y que se sentía satisfecho con haber sido el gobernante de la nación en el centenario glorioso. En tal caso, las simpatías de los representantes extranjeros se concretaron por Agustín Edwards. Sin embargo, prevaleció, como debía ser, el criterio de los chilenos, de que este candidato era muy joven, y salió triunfante en el último escrutinio de votos, con mayoría absoluta, el señor Ramón Barros Luco, de más de setenta años de edad y cuya candidatura hasta entonces no había aparecido.

Hace poco, el cable ha anunciado, que ha sido designado como Presidente del Consejo Supremo de la Sociedad de las Naciones, un sudamericano, el ciudadano chileno Agustín

Edwards, y tan merecida cuanto honrosa designación, nos ha traído el recuerdo de las fiestas centenarias chilenas, a las que concurrimos como uno de los Delegados de El Salvador, y la elección que entonces se hizo de Presidente de la República, con la más amplia libertad y altas miras patrióticas.

Y también nos han venido a la mente muchas consideraciones.

Dichoso tiene que ser un país en el que sus hijos se dedican con entusiasmo y fé al servicio de la patria; en el que los acaudalados, los hombres de acción y los de pensamiento hacen una vida patriótica; en el que, como en Chile, hay Agustines Edwards y otros notables ciudadanos, a quienes sus cuantiosos bienes materiales y la consiguiente ocupación de los negocios, lejos de impedirles ser útiles al pueblo y servir los intereses de la comunidad social, los impulsan a fines tan laudables y benéficos.

Cuando los hombres, sin distinción de clases y categorías, aunan sus esfuerzos en favor de los otros, se realiza un ideal generoso, cual es el cumplimiento de la ley de la fraternidad, hoy más necesaria que nunca, y que salva de los mayores escollos a las sociedades humanas.

1922.

II

OTRAS PAGINAS

I

EL EJÉRCITO CHILENO

Este se ha distinguido por su organización, su pundonor y disciplina. Ha merecido los más elevados conceptos.

Terminada la guerra que se llamó del Pacífico, el general Manuel Baquedano, que era el General en Jefe del Ejército chileno, entró triunfante en la capital de su nación, de vuelta de la campaña; fué aclamado por todas partes, y recibió los más honrosos y entusiastas homenajes; pero el Jefe coronado de laureles, a pesar de que el pueblo se hallaba ebrio de la victoria, no fué recompensado con la Banda de la Presidencia de la República, y el General Baquerano, aclamado y enaltecido, volvió a la vida privada, satisfecho de haber cumplido con sus deberes de ciudadano y de patriota.

Con antecedentes de tal naturaleza, cuando el Gobernante de la nación condecoró a los delegados extranjeros con medalla del Mérito Militar, aceptaron éstos la distinción como una honra especialísima.

Mas hace poco, don Arturo Alessandri, progresista Presidente de aquella República, que ha sido llamada modelo, fué separado in-

debidamente por un Jefe de aquel mismo Ejército; y con tal motivo, sentí una terrible decepción, en concepto de condecorado con la Medalla del Mérito Militar chileno; pero muy luego he tenido también la satisfacción de saber que ese propio Ejército vindicó su buen nombre; restableciendo al señor Alessandri en el puesto que el país le había conferido.

Dije en otra ocasión: que el Ejército, cuya norma es el deber, representa una verdadera nobleza, la de los sentimientos elevados, puestos al servicio de la humanidad y de la patria. Su misión es trascendental en el desenvolvimiento de la vida humana.

Hughes ha dicho: «Sepamos huir de la belicosidad excesiva, tanto como del pacifismo envilecedor».

II

UN MARINO CÉLEBRE

En un banquete que en el elegante y amplio edificio de la aduana de Valparaíso dio el Gobierno a los Representantes de las naciones amigas, me tocó sentarme al lado del ex-Presidente de la Repùblica don Jorge Montt.

En nuestra conversación, llegamos a la revolución contra el Presidente Balmaceda. Cuando he leído la historia de esos acontecimientos, le dije yo, me he imaginado al Jefe de la Escuadra chilena y de la revolución, un hombre de airado ceño y de elevada estatura;

pero no uno de maneras tan suaves; y el señor Montt me manifestó: que si se había puesto junto con la Escuadra nacional a la orden del Congreso, y había tenido el mando de las fuerzas, había sido por deberes ineludibles, y no por sentimientos revolucionarios.

III

GENERAL PARAGUAYO

Entre los Delegados a fiestas del Centenario, se hallaba el Coronel Jara, Ministro de la Guerra y Representante del Paraguay, quien había recibido su enseñanza en la Escuela Militar de Santiago.

En un momento propicio, le pregunté: cómo habiéndose educado en aquel centro, donde, según es fama, inculcan ideas de orden y disciplina a los alumnos, se había lanzado a la revolución contra el Gobierno; y me contestó: que eso lo había hecho por sentimientos patrióticos y no por ambición; pero que él sería el último revolucionario del Paraguay. Algunos meses después, el cable comunicó que el General Jara (ya ascendido), acaudillaba una revolución contra el Gobierno paraguayo; y transcurridos unos días, dijo, asímismo, el cable, que ese caudillo había muerto en una acción de armas.

¡Ojalá que la profecía de que hemos hecho referencia, se haya realizado; y que en la patria de Jara se goce de paz y libertad!

IV

UN SALVADOREÑO

Allá en aquella hermosa ciudad de Santiago, me imaginaba ver a nuestro compatriota Ignacio Gómez, que recibió tantos honores cuando estuvo como Representante diplomático de un país centroamericano.

Un biógrafo salvadoreño se expresa a este propósito, de la siguiente manera:

«Fué nombrado el doctor Ignacio Gómez Ministro Plenipotenciario de Honduras ante el Gobierno de Ghile. En esta progresista República dió a conocer sus talentos; allí ensanchó el número de sus relaciones, tratando a hombres tan eminentes como los Arteaga Alemparte, los Amunátegui, los Lastarria y tantos otros escritores y estadistas que sería prolijo enumerar.

«Tan justa idea se tenía de las capacidades de Gómez y de sus trabajos en la prensa, que fué nombrado en 1865 o 66 por el Gobierno de Nicaragua con igual carácter diplomático en Estados Unidos. Cuando corrían esos tiempos memorables, fué nombrado Ministro Plenipotenciario de Chile en Europa.

«El Gobierno de Honduras, aprovechando las luces del doctor Gómez, lo había nombrado su Representante en el Congreso Americano de 1865 reunido en Lima.

«En esa encantadora Ondina, acariciada

por las aguas del Rimac; en esa culta ciudad de las tradiciones de los Incas y de los virreyes de España, se relacionó con los hombres importantes del país; habiendo colaborado, además, en varios periódicos peruanos. Entonces fué nombrado Ministro del Perú en Wáshington.

«Dignas de elogio son estas distinciones, con que Repúblicas latinas de tanta significación, honraron al notable centroamericano.

Otro escritor dice esto: El doctor Gómez, después de Irisarri, es el único centroamericano que ha desempeñado funciones diplomáticas de una nación extranjera».

VII

REGRESO A EL SALVADOR

I

UNAS CONSIDERACIONES

Ningún lugar me ha emocionado tanto, como el Valle de Jiboa, contemplado desde las alturas del camino real; ni como el Parque Central de San Salvador, cuando lo ví por la primera vez.

El Valle de Jiboa, visto desde el sitio a que me he referido, es grandioso: llama y atrae a los poetas, para que le canten y a los pintores para que copien con sus pinceles sus coloridos magníficos; pero influyó de seguro en mi ánimo, la edad en que empieza el despertar

de la vida, y en que llena el alma de ilusiones, recibe con amor y alegría las impresiones que le brindan los espectáculos de la naturaleza y las obras del arte.

Hice mi regreso a El Salvador; y grande fué también mi regocijo, cuando desde a bordo del barco, divisé las costas salvadoreñas, y ya en el puerto de Acajutla, tomé el tren que conduce a San Salvador, hasta la estación terminal.

¡Ah! ¡qué linda me pareció la Avenida Independencia, con sus grevíleas, y qué simpáticas las casas de la ciudad querida!

Avenida Independencia (El Salvador)

Esto obedeció al sentimiento que se arraiga en el corazón del hombre, y que llega a dominar todo su ser: el amor a la patria, que es

tan profundo, que la ausencia de ella produce la nostalgia, pena inmensa que sólo se mitiga, volviendo a la tierra amada.

Este sentimiento inspira el heroísmo: es Leónidas en las Termópilas; el patriotismo desinteresado y noble.

Así se explica, que quien ama a su patria, la encuentre siempre bella, como a la madre adorada.

¡Por eso la ciudad salvadoreña me apareció llena de encantos . . . !

II

ESTUDIOS
- SOBRE ENSEÑANZA -

Transcurridos algunos meses de haber regresado de los países sudamericanos, publiqué a principios de 1911, en el «Diario Latino» de esta capital, el siguiente estudio, que contiene algunas reflexiones relativas a la educación popular.

LA ENSEÑANZA PRIMARIA

Asunto de vital importancia para todos los pueblos de la tierra es el de la enseñanza primaria, y los gobiernos que se interesan verdaderamente por el bien de sus gobernados, se afanan en prestarle la atención preferente que merece.

Después del pan, es la instrucción la principal necesidad del pueblo, decía Dantón; y se considera como una imprescindible necesidad de los Poderes Públicos la de procurar que se regeneren las sociedades por medio de

la enseñanza, que hace al hombre digno de sus altos destinos.

Sin embargo de ser un axioma el pensamiento del gran convencional, no siempre ha dado la enseñanza los frutos que se han apetecido, a causa de no haberse empleado los métodos más adecuados y convenientes.

La instrucción primaria ha fracasado, informaba el Consejo Escolar del Quinto Distrito de Buenos Aires, en la República Argentina; y si esto ha sucedido en ese país rico y floresciente, orgullo de la raza latina, ¿qué habrá ocurrido aquí entre nosotros?

¿El Reglamento de Educación Primaria de El Salvador satisface las necesidades de la enseñanza, o adolece de los defectos de que se queja el Consejo Escolar argentino, por no haberse dictado aún las disposiciones más conducentes para lograr un éxito lisonjero en esta materia de tanta trascendencia?

Haremos algunas consideraciones a este respecto, y daremos a conocer algunas de las observaciones del citado Consejo Escolar, a fin de que si se juzgan útiles, las tomen en cuenta los que se interesan por la mejora y el progreso de la enseñanza.

REDUCCIÓN DE LOS ALUMNOS PARA CADA MAESTRO

Para que la enseñanza sea provechosa a los alumnos, conviene no encomendar un nú-

mero crecido de niños a un solo profesor. Esto es de todo punto indispensable, pues la razón y la experiencia demuestran lo perjudicial que es la práctica contraria.

La alta cifra de niños y la escasez de escuelas son una rémora muy grande.

«Cuando el maestro tiene que esparcir su influencia sobre una masa crecida de alumnos, su competencia, su esfuerzo mental y físico, los propósitos de la ley, el tiempo, los gastos, las necesidades del alumno y las esperanzas de la familia y de la sociedad, quedan frustrados, si no totalmente, de una manera considerable.

«La reducción del número de niños confiados a cada maestro, es una exigencia científica, un anhelo universal, una medida apenas realizada en algunas localidades americanas y en las campiñas australianas que sepamos, y es una urgente necesidad».

«Los que se enorgullecen del número de escuelas que tenemos, agregaba el Consejo argentino, ignoran tal vez que aun estamos atrasados, y que duplicando su número, apenas alcanzaríamos en ciertos distritos el tipo escolar mediocre y no satisfactorio de cuarenta alumnos por maestro, cuando el ideal debe ser veinticinco por uno».

«Si es negativo el sistema de las clases numerosas en países de cultura tradicional y de

masas homogéneas, notablemente más lo es en las condiciones sociales argentinas, en las cuales el hogar no coopera por regla general a la obra redentora de la escuela, y a veces en él malogran los niños el tesoro acumulado en aquéllas. La acción directa del maestro sobre el niño, la acción evangélica y científica, es aquí más necesaria, y el recargo de alumnos no es solamente un defecto de la enseñanza, sino una desgracia pública».

LA LECTURA EN LAS ESCUELAS

La lectura de los niños que salían de las escuelas argentinas era mala, y la Asamblea local de maestros abrió debate sobre este tema.

Los maestros y maestras hablaron con interés y expusieron su experiencia y sus ideas. Todos confirmaron el mal y analizaron sus causas, llegando a doce conclusiones muy interesantes, votadas por unanimidad.

Estas conclusiones dan a la vez las razones de la deficiente enseñanza de la lectura y sus remedios:

1o.—El plan de enseñanza dedica poco tiempo a la lectura.

2o.—Los programas son demasiado recargados, y otras materias absorven la mayor parte del tiempo.

3o.—Los maestros mismos no saben leer, por regla general.

4o.—Las diferentes actitudes de los alumnos impiden que se enseñe a leer a todos en el mismo tiempo breve del trabajo común de la clase.

5o.—Las clases son excesivamente numerosas y no es posible sacar todas las ventajas deseables de la acción del maestro.

6o.—Faltan buenos textos progresivos de lectura.

7o.—Debe darse a los maestros la facultad de elegir los textos, según las necesidades inmediatas de sus alumnos.

8o.—El plan y los métodos de enseñanza no atribuyen la suficiente importancia a la redacción y a la lectura de lo redactado por los mismos alumnos.

9o.—En nuestro país se habla mal la lengua castellana, y este defecto es común a los maestros, a la sociedad, a los padres y a los niños.

10o.—Se lee con la voz forzada en algunas escuelas, viciando al niño.

11o.—La administración escolar no ha dedicado la suficiente atención al ramo de la lectura.

12o.—No hay uniformidad en los métodos seguidos en todas las escuelas.

LA ESCRITURA EN LAS ESCUELAS

Los niños de las escuelas argentinas escribían mal.

Tratando de averiguar la causa, el Consejo Escolar expuso lo siguiente:

Entre otros motivos se cuentan la forma de

la mesa, del banco y del asiento, lo que da al cuerpo una actitud incómoda o violenta; la elección de lapiceros y de plumas, que es también asunto de acción individual y técnica. Hay personas que escriben mal con plumas o lapiceros muy delgados y los requieren medianos o gruesos. Las plumas duras, medianas, blandas, elásticas en diversos grados, de formas especiales tienen sus destinos propios. Es evidentemente negativo imponer a toda clase un mismo tipo de lapicero o una misma forma de pluma.

No es menos interesante el punto relativo al papel.

Debe darse al niño previamente la noción de la buena forma como fuente de claridad y de belleza, para despertar o fortalecer en sus ánimos las nociones de la simetría y de la elegancia, que parecen ingénitas en ciertas razas como la francesa.

Se ha discutido en los Estados Unidos si el uso de los cuadernos de muestras es perjudicial o no al éxito de esa enseñanza. En Alemania, Holanda, Italia y Francia no se usan ya los cuadernos.

En las escuelas normales se enseña a los maestros a suplirlos por buenas muestras escritas en los pizarrones.

Los niños no necesitan instrucción especial en escritura si escriben bien lo que escriben; por

eso no usamos cuadernos de muestras, decía un maestro de Hamburgo.

El Consejo Escolar argentino, de que hemos hablado, adoptó sobre la escritura de los niños las siguientes conclusiones:

1a.—Conviene uniformar la letra en las clases de escritura de toda la República.

2a.—La caligrafía escolar debe limitarse a obtener un tipo regular y uniforme, comprendiendo diversos caracteres. La caligrafía artística propiamente dicha requiere actitudes especiales en los alumnos y no es función de las escuelas primarias, sino el desarrollo ulterior de la educación individual o de las escuelas especiales de la asignatura.

3a.—Debe enseñarse al niño a trazar las letras con corrección y propiedad desde que comienza a ejercitarse en la escritura. La proligidad de los maestros es especialmente necesaria en este punto.

4a.—Debe dedicarse más tiempo a la enseñanza de la escritura que el permitido actualmente por el programa oficial.

5a.—La acción de los maestros no es suficientemente eficaz a causa del crecido número de niños de cada clase.

6a.—Los materiales de escritura, papel, tinta y plumas, suministrados privada u oficialmente, son de pésima calidad y obstan a una

buena enseñanza. La distribución de algunos de ellos se hace en forma inconveniente.

7a.—Los asientos y bancos de numerosas clases tienen defectos de construcción, que no permiten a los niños conservar la posición regular y cómoda, necesaria para escribir bien.

8a.—Conviene dotar al distrito, de un profesor especial de caligrafía, que dirija el perfeccionamiento de la escritura en las escuelas a las horas ordinarias de las clases del ramo.

ENSEÑANZA DE LA ARITMÉTICA

Por conceptuarlo de sumo interés para las escuelas de El Salvador, reproducimos lo que expuso el Consejo Escolar argentino, sobre esta materia:

«En nuestras escuelas, y creemos que en la mayoría de todas, esta asignatura es tratada por un procedimiento oral y escrito que pudiéramos llamor «mixto». Predomina la forma escrita en pizarras y cuadernos. Se ejercitará así el «raciocinio lento» del niño, con preferencia al «raciocinio rápido». El primero es el método antiguo, solamente conservado hoy en los países latinos; el segundo es el método moderno, usado principalmente en los pueblos germanos, alemanes y angloamericanos. Pero la resolución definitiva en la enseñanza escolar de la aritmética corresponde a Alemania. Es

ésta una de las características del admirable sabio progreso de Alemania, universalmente reconocido. Los Estados Unidos de América hacen estudiar con sus eminentes especialistas, adoptando cuanto conviene a sus notables escuelas. Francia, desde hace algunos años, envía anualmente a Alemania un número de sus graduados en las escuelas superiores, para que sigan cursos durante dos años en diferentes escuelas alemanas similares».

Cuando los maestros americanos llegaron a la República Argentina, sorpresa y simpatía causó el método mixto de enseñar la aritmética. El cálculo mental era grato a los maestros y asombraba al vulgo. A los viejos maestros de aritmética escrita, aprendida sin raciocinar por la mayoría de los alumnos, no se les había ocurrido que la memoria fuera tan apta para el cálculo como medio docente, como para declamar discursos pedantescos a las autoridades en al día de los exámenes, o para decir versos con voz artificial y acción forzada en los actos escolares. Menos se habrá ocurrido a los padres que la memoria sirviera para el raciocinio aritmético, esto es, para calcular al vuelo, por decirlo así. Por eso todos saludaron como un progreso admirable la introducción del método americano; y lo conocimos con pena por el tiempo perdido, los que habíamos frecuentado las viejas escuelas, cuyos maestros eran

casi siempre españoles obligados a enseñar por la dura necesidad, sin competencia ni vocación.

Pero el método americano mismo es ya anticuado y Alemania lo aventaja a tal punto, que es ahora la fuente única de inspiraciones dirigentes en la enseñanza de esa asignatura. Los americanos han revelado el hecho a su propio país, después de estudiar las escuelas urbanas y rurales de Alemania.

«En todas partes aritmética mental»: esta es su exclamación favorita, con que también encabezan sus informes. No enseñan mentalmente los alemanes las cuatro reglas, los números quebrados y denominados, las reglas del interés y demás elementos. Los americanos informan con asombro de la enseñanza del sistema métrico decimal en la misma forma. Un educacionista de Cincinnati en el Estado de Ohio escribía lo siguiente:

«La gran ventaja del sistema métrico en la enseñanza de la aritmética es obvia en todas partes, aquí en Alemania. Las medidas arbitrarias, como las nuestras, son una rémora en la escuela. Libra, galón, fanega, yarda, etc., todas tienen diferente número de partes, mientras que la división en decenas, centenas y millares, facilita notablemente el cálculo. Esto permite al maestro dirigir mentalmente el ochenta por ciento de toda la enseñanza de la aritmé-

tica. Es muy interesante ver niños de tercero y cuarto grados, manejar mentalmente nùmeros que habrían dejado sin respiración a nuestros alumnos. Los últimos no pueden manejar las medidas arbitrarias, tales como yardas y pulgadas, galones, cuartas y pintas; fanegas, almudes, libras, onzas y granos, &, simplemente porque la variedad de las divisiones exige un número de tablas, cuya retención está fuera del alcance de los niños».

Tan pronto como el alumno alemán conoce los signos y la numeración arriba de 1,000 se le hace aplicar números a metros, litros y gramos, y como las divisiones son las mismas, es decir de cada hecho o kilo, mùltiplos de 1 y deci, centi y mili parte de 1 resulta siempre 10, 100, 1,000, de uno 1/10, 1/100, 1/1,000 de 1. Aseguro a mis lectores que solamente media hora por día se dedica aquí a la aritmética y que casi toda es aritmética mental y oral. En el cuarto grado se completa el capítulo de las fracciones comunes y decimales. En el quinto año escolar se ocupa de la proporción simple, llamada regla de tres. En el sexto año se enseña el porcentaje y la mayor parte de las reglas comerciales, como que entre nosotros se reservan para el octavo año escolar de 8o. grado.

Estoy completamente convencido de que entre nosotros no podremos aprovechar este medio mientras estemos embarazados por el

voluminoso capítulo de los números denominados durante el 4o. y 5o. grados. Aquí, en Alemania, no enseñan este capítulo separadamente y como materia muy importante. Los niños no necesitan estudiar tablas, porque las medidas son enseñadas simultáneamente con la numeración y los signos. A medida que aumenta el conocimiento de los signos, aumenta también su conocimiento de las medidas. Es un hecho que casi todo el terreno recorrido en aritmética durante los ocho grados de las escuelas comunes americanas, es completado aquí en seis grados.

En una clase de tercer grado de Duisbur, oí resolver estos problemas en un pestañear: 1 saco contenía 5 kilógramos, 7 hectógramos, 3 decágramos y 8 gramos; otro 2 kilógramos, 3 decágramos y 8 gramos. ¿Cuál era el peso de ambos? Un hombre dividió 21 marcos y 25 peniques igualmente entre cinco niños. ¿Cuánto tocó a cada niño? Y las soluciones fueron dadas sin auxilio de lápiz ni de pluma.

Mucho de lo que enseñamos en las escuelas americanas, bajo el nombre de cultivador de reglas de negocios, está prohibido aquí por reglamentos dictados por el Ministerio de Instrucción, como, por ejemplo, interés compuesto, títulos y fondos públicos, impuestos, cambios, etc. La enseñanza ordenada es eminentemente

práctica, para decir lo menos y hay mucho que aprender en ella.

Nuestro programa de seis años de enseñanza de aritmética es vago y limitado a la vez con relación a las necesidades sociales, y durante los seis años se enseña a los niños argentinos mucho menos que en igual período a los alemanes y en ocho a los americanos. En Alemania se corre mensualmente a través de todas las nociones necesarias o útiles del cálculo; en América y entre nosotros se pierde un tiempo precioso en la pizarra y en los cuadernos, con un número pequeño de operaciones, que limita los horizontes intelectuales del niño y le entregan, aquí al final del 6o. grado, a la vida práctica, sin nociones suficientes para desenvolverse. Muy poco de los que salen saben operar bien o pronto: nuestro programa de 1899 sigue el plan americano anticuado y que los educacionistas de los Estados Unidos abandonan para adoptar de lleno el de Alemania. Por eso no ofrece un orden natural, progresivo, espontáneo de lo simple a lo compuesto. Al niño de primer grado que apenas balbucea signos y números hasta 100, lo llevamos de improviso a la complicación de metros, decámetros, litros y kilómetros. Esto es simplemente comprender y forzar la tierna memoria, hacer enseñanza mecánica, porque la inteligencia apenas planteada en la

escuela, sin raíces, sin ejercicios de raciocinio, ni suficientes elementos de aritmética, sin el hábito mismo de la atención, recibe aquellos nombres abstrusos y difíciles como enigmas, que no comprende, que no puede comprender y debe, sin embargo, recordar. El sentimiento del deber o del temor exigen ahí un esfuerzo desproporcionado a la edad e inteligencia tiernísima, y repugnante a la filosofía de la enseñanza.

Por eso los alemanes conservan al niño entretenido en los signos y números hasta 1,000 antes de llevarlo a los decimales. Los resultados de la vía equivocada que seguimos están al alcance de todos en la vida real: habiendo aprendido la aritmética de memoria, una gran mayoría de niños la olvida pronto después de dejar la escuela, o es incapaz de darnos con rapidez, y a veces ni lentamente, la resolución de un problema, que difiere algo de la forma mecánica de los patrones de clase.

Las dificultades que los ingleses o americanos encuentran en su sistema condenado de pesas y medidas, no existe en nuestro país. Los maestros tienen, además, la ventaja de enseñar a niños más fuertes físicamente y de una inteligencia más brillante y rápida, que la común de las poblaciones urbanas de América y Europa. Por consiguiente, tenemos las mayores facilidades para adoptar el sistema alemán de enseñanza de la aritmética.

Este consejo reputa grave y necesaria la medida que aconseja. Ha interrogado a maestros y maestras distinguidos en el distrito y fuera del mismo y encuentra descuido, ignorancia de los rumbos modernos racionales, textos desautorizados seguidos sin razón atendible y repetición tradicional de palabras, ejemplos y problemas aprendidos en las escuelas normales.

La enseñanza se arrastra así sin iniciativa, ni novedad, sin acercarse a su última resolución. En unas clases será mejor que en otra—el hecho depende de los maestros—pero no se advierte la acción científica superior, asegurando el éxito de la enseñanza fundamental.

LA EDUCACIÓN FÍSICA

En la actualidad, gracias a los progresos de la higiene y la pedagogía, la salud del cuerpo se reconoce de tanta importancia como la salud del espíritu. Si es útil y bueno ocuparse en la inteligencia y las facultades morales del hombre, lo es también atender debidamente sus facultades físicas, para hacerlo completamente apto para la lucha por la vida.

La enseñanza primaria, en consecuencia, debe atender y favorecer el desarrollo moral, intelectual y físico de los niños.

Hablando respecto de la educación física en las escuelas de Buenos Aires, el Director

de la Escuela Normal de profesores de aquella capital, se expresa de esta manera:

Es conocida la paráfrasis de Spencer contenida en el final del capítulo. Qué conocimientos son los más valiosos? Cuando dice que la ciencia es la Cenicienta que oculta en la obscuridad de sus desconocidas perfecciones, pues reposando sobre ella principalmente el progreso y la felicidad humanas, no se la reconoce. Predice en seguida un cambio próximo y el triunfo completo. La predicción se cumplió.

Imitándolo, podríamos decir nosotros que la educación física ha sido y no ha dejado de serlo del todo aún, la Cenicienta, cuyo triunfo próximo también cabe predecir en el sentido de que se le reconozcan iguales derechos que a la intelectual y moral en el cuadro de los factores del bienestar humano, individual y colectivo.

«Por una parte, los prejuicios, en virtud de los cuales sólo se considera noble ocuparse del espíritu; por otra, la ignorancia respecto de las necesidades del organismo y de la manera de satisfacerlas, así como de lo que importa a la salud mental y moral tener por base la salud física «unidad que hace valer los seres de la vida» determinaron el más gran descuido en las escuelas y en las familias, de esa faz de la educación.

Hasta los maestros regresaban de los institutos normales deficientemente preparados al respecto, para enseñar en las escuelas lo que habían aprendido. Lo que los padres no sabían por más que interesara a la salud de sus hijos, tampoco lo supo, pues, el Estado, encargado de velar por la educación integral del ciudadano.

El tiempo insuficiente o la poca frecuencia de las lecciones consagradas a los ejercicios físicos, a veces colocados en el peor momento y como medio de descanso, cuando en verdad importaban una nueva y perjudicial fatiga; la desacertada eleccción de los mismos, dominando la antipática gimnasia reglamentada de aparatos y ejercicios militares; durante mucho tiempo y bajo la dirección de especialistas en gimnasia que no eran pedagogos, a veces simples militares, extranjeros retirados que ganaban así su vida; y en las escuelas femeninas ejercicios coreográficos, hechos casi siempre bajo techo, inclusive en las Escuelas Normales, menospreciándose los juegos al aire libre; los defectos higiénicos pedagógicos de los horarios, de los edificios, del mobiliario escolar, de los textos y útiles, de las actitudes en la clase y fuera de ella, etc., todos estos hechos, por no citar otros, corroboran aquella afirmación.

Hoy mismo, una rápida visita a los edificios escolares fiscales, bastaría para demos-

trar que al trazarse sus planes, no se tuvo en cuenta para nada que los grandes espacios libres eran tan necesarios como las aulas ventiladas y con buena luz. Del mismo modo, se buscarían inútilmente las clases de juegos distribuidas en los distritos, en los distintos barrios de la ciudad, ni una disposición de las plazas públicas que permita su aprovechamiento por las escuelas vecinas.

Y eso que en pocas poblaciones más que en las grandes como Buenos Aires, es necesario habituar al niño a que busque y encuentre espacio, aire y sol en que agitarse, por lo mismo que una y otra cosa escasean en las casas y conventillos ocupados por los habitantes pobres, la inmensa mayoría, por lo tanto. Y no porque faltase quienes más de una vez y en distintas épocas, señalaran sus deficiencias para prevenir su repetición.

Así, pues, la reforma general iniciada en 1904, halló en materia de educación física también, que si se había dicho en memorias y programas muchas cosas buenas, eran pocas las convertidas en hechos.

También en esto, como era lógico, se empezó por dar al personal docente las instrucciones del caso, se organizaron cursos temporarios teórico-prácticos, se visitaron continuamente las escuelas por inspectores especiales y así pudo producirse una rápida evolución.

Fijóse el concepto racional que de la educación física debía tenerse como medio de vigorizar el organismo en general, asegurar la salud, desarrollar cualidades de energía, y esa facilidad, precisión y destreza en los movimientos que todos necesitan.

Si los efectos más sensibles del ejercicio son los fisiológicos e higiénicos, ello no debía dejar en la sombra su repercución y su importancia igual en el orden intelectual y moral. Y sobre esto se insistió, mostrando una vez más la estrecha armonía que debe reinar entre las tres fases de la educación que se sostienen y completan recíprocamente.

El ejercicio físico se dignificó entre los maestros y fué mereciendo cada día más la dedicación voluntaria de éstos, a medida que fueron convenciéndose de que es escuela de virilidad, de resistencia para las luchas de la vida y hasta de abnegación a veces; que enseña a dominarse y a no tener miedo a los golpes «forma pasiva de coraje», porque le enseña a dominar sus reflejos, como dice Allengry, que con el hábito de la obediencia a las reglas del juego y el respeto a los fallos del «referee», engendra en el futuro ciudadano la obediencia a las leyes y el respeto a los jueces que las representan.

Del mismo modo, reuniendo en un mismo partido al rico y al pobre, interesándose todos

en el triunfo contra el «team» opuesto; pero también templándose para aplaudir sin violentarse y tender la mano al contrario vencedor, se acercan las clases sociales, se crea la solidaridad tan necesaria y se cultiva la gentileza. A esto respondieron especialmente los concursos de ejercicios. Se difundió pues, que la educación física es escuela de todo eso, como lo es de sinceridad, de modestia y de optimismo, cual lo demuestra el doctor Romero Brest, que fué el alma de esa campaña especialmente en cuanto atañe al ejercicio físico, y quien a propósito de análogas reflexiones sobre el asunto, dice: todas estas consideraciones, a propósito del ejercicio físico, de los concursos o de los recreos, parecerán a muchos profanos, arriesgadas e increíbles, sólo porque pierden de vista los eslabones numerosos y a menudo ocultos que unen los dos extremos de la causa y del efecto; y porque el fenómeno físico no se presenta a la investigación superficial, sino como un movimiento muscular que provoca sofocación y que causa calor. Pero para el educador, para el biológico, para el filósofo, no es tan sencilla la cuestión del punto de vista fisiológico ni tan despreciable factor del punto de vista social y filosófico, a poco que lo profundicen y lo consideren con espíritu científico y amplio.

Condensando ahora los medios prácticos

que comprendió la reforma, enunciaremos los siguientes:

1—El establecimiento de la clase diaria de ejercicios físicos con la recomendación expresa de colocarlos de preferencia después de la segunda hora de clase. Esas clases diarias, fuera de sus efectos fisiológicos inmediatos, persiguen la formacion del hábito del ejercicio que se repite después fuera de la escuela, completando así la insuficiencia del tiempo que en ésta se le destina.

2—Las excursiones escolares, que como decimos en otro lugar, si eran ya reglamentarias no se hacían sino por excepción, por no tener toda la simpatía de los maestros. A este respecto mucho queda por hacer.

3—La concurrencia a plazas especiales de juego. De cuatro pudo disponer el Consejo si bien no eran de su propiedad. Exíste un proyecto creado en el C. E. 6o. . . . autor del mismo, una plaza que será tal vez una de las mejoras del mundo en su género. Los planos fueron confeccionados por el doctor Romero Brest, y el Congreso votó en 1906 una partida de $70,000 destinados a su realización.

4.—Organización de Concursos de ejercicios físicos, habiéndose celebrado tres generales que movilizason 50,000 niños, sin contar algunos particulares como los realizados en el C. E. 3o. y después en el 1o.

5.— Supresión de algunas prácticas inconvenientes, v. gr., los ejercicios militares y cierta gimnasia aparatosa, de escaso valor higiénico pedagógico y destinada especialmente a exhibirse en las fiestas escolares.

6.— Organización de un gabinete de antopometría escolar. Habíanse adelantado ya trabajos, preparando maestros a fin de que supieran tomar las más importantes medidas para enviar a los padres junto a la nota referente al adelanto intelectual y a la conducta de sus hijos, la indicación relativa a su salud y desarrollo físico, interesándolos así en una cuestidn tan descuidada a pesar de su trascendencia.

Es sabido, por ejemplo, que los niños débiles o anormales eran sometidos, por descuido o por ignorancia, a los mismos tratamientos que los demás o se les excluía sencillamente en las horas de gimnasia, condenándolos a mirar a los otros o a quedarse en clase trabajando mentalmente, sentados cuando son ellos, acaso, los más necesitados de movimiento, científicamente dirigidos.

El gabinete, que fué propuesto y organizado por el doctor Romero Brest, tenía otro objeto también: hacer un estudio esperimental, sobre las múltiples cuestiones que comporta el complejo problema de la ejercitación física entre nosotros.

Estudiar y controlar los métodos en vigencia, y reunir lentamente un cuerpo de observaciones que constituirían la base sobre la que habría de levantarse el edificio completo de la reforma física, no sólo en cuanto se refiere al ejercicio, sino también a las múltiples cuestiones involucradas en la influencia de la escritura, del mobiliario, etc.

El programa de ejercicios físicos que publicamos con los demás en el capítulo respectivo, responde a las ideas que imperfectamente hemos bosquejado; responde a un sistema gimnástico con caracteres propios y que bien merece llamarse «argentino». Y no seríamos los primeros en decirlo. Autoridades extranjeras lo han reconocido así, para honra de nuestras instituciones escolares.

¿La Escuela Normal de Educación Física, preparando profesores de la materia, con todas las condiciones necesarias, asegura la estabilidad de tales mejoras y su difusión en todo el país»?

«Conjuntamente con las medidas expuestas y directamente relacionadas con el ejercicio físico, se prestó atención a los demás agentes vinculados con la salud y cultura física en general y con el trabajo mental y la educación moral estética.

Enunciaremos algunos: Se implantó la le-

tra derecha con el más rápido y halagüeño resultado.

Se insistió continuamente en la necesidad de cuidar de las actitudes del niño en todos los momentos, de la limpieza de la persona, ropa y útiles.

Se estableció el canto diario y hasta más de una vez por día.

Se estimuló sin cesar la lectura en alta voz y el dibujo al aire libre, y diversidad de clases (ejercicios de medición, de geografía, de botánica, etc.), fuera también de la aula, reuniendo así a las ventajas higiénicas, el mayor interés y provecho por la variedad, el contacto con la naturaleza, etc.

Se dió instrucciones respecto de la cantidad y calidad de los deberes, para hacer en la casa capítulo respecto del cual hay que insistír mucho todavía, particularmente en la escuela de niñas y en los grados superiores, donde suele incurrirse en excesos contraproducentes.

Se suprimió el uso de la pizarra de mano, sustituida por el papel y el lápiz o la tinta, con ventajas de orden higiénico y pedagógico, que nadie que haya hecho sinceramente la esperiencia, puede desconocer.

Por último, cabe decir que la «copa de leche» difundida en muchas escuelas, es también una consecuencia del ambiente creado en pro de la educación física de los niños».

«Por separado me he ocupado del «Trabajo Manual» y de la «Economía Doméstica», agentes que concurren también en buena parte a la educación física de los niños. Terminando este capítulo, diré, pues, que el resultado de toda esta labor ha sido: en los niños, un despertar de su actlvidad, que estuvo atenuada por un régimen reñido con las necesidades de su naturaleza; en los maestros, por un concepto más claro y científico del valor y medios de la educación física; en el público, por un movimiento de opinión ya producido en parte por acción de la escuela secundaria, donde antes que en la primaria, se inició la reforma.

Y asi, por ejemplo, mientras ayer no más los «originales» ingleses provocaban nuestras sonrisas, exhibiéndose en el foot-ball y las mujeres en el lawn-tennis, hoy parte de las plazas especiales pertenecientes a asociaciones, particulares y colegios, llenas siempre de jugadores, no queda terreno baldío en la ciudad de Buenos Aires o en sus alrededores, donde los chicos no improvisen una cancha de juegos; pateando cuando otra cosa no poseen, pelotones de papel, detrás de los cuales corren, se agitan y gozan, como si se tratase de la mejor pelota de foot-ball.

De la misma manera podemos señalar ya la existencia de algunos Clubs de señoritas, que

desafían la crítica, jugando al aire libre, y millares de madres han presenciado y aplaudido los torneos celebrados en los últimos años, en los que tomaron parte también millares de niñas pequeñas y mayores de las escuelas primarias.

Las salas de patinaje cada día más en boga, y a las cuales acuden las niñas de la aristocacia, son, con todos sus inconvenientes, un primer paso. Que sople un día buen viento capaz de conciliar «la moda» con las indicaciones de la higiene, y el cambio será completo: las señoritas argentinas, cuyo pudor no se alarma cuando se exhiben en traje de baño en el Mar del Plata, exhibirán también sin rubores el tobillo descubierto en las plazas de tennis o de la pelota al cesto. Y los hombres sensatos y previsores seguirán prefiriendo para esposas a las niñas bien constituidas, de mejillas rosadas y llenas de «joie de vivre», antes que a las delicadas flores de invernáculo que se marchitan al soplo de la más leve brisa».

ENSEÑANZA CÍVICA Y DE LA MORAL

Ramo interesantísimo que merece particular atención, es el de la enseñanza cívica.

La formación del carácter del niño es, sin duda alguna, la primera función política y social de la escuela, y que debe atenderse de manera preferente.

Exige, por lo tanto, un esmero y cuidado muy particulares.

Leemos en el Reglamento de Educación Pública Primaria de El Salvador, que aparecen en el plan de estudios la moral y la instrucción cívica como un ramo o materia de enseñanza, con un horario señalado; y nosotros creemos, siguiendo el pensamiento de unos maestros argentinos, que la moral y la instrucción cívica requieren más que una casilla del horario; que deben ser dadas estas materias constante y cuidadosamente a toda hora, en todas las clases, en el recreo, en cualquier instante en que el maestro esté en contacto con los niños. El cerebro del maestro no deberá tener un punto de reposo mientras funcione entre los alumnos. Las facultades de observación se dirigirán siempre a todos y a cada uno, y en las clases apropiadas, como en la Historia Nacional, por ejemplo, la enseñanza patriótica debe ser dada de manera que cause impresiones profundas e indelebles en los ánimos infantiles».

Es preciso despertar y consolidar en los niños el amor a la patria; hablándoles siempre y en todas las ocasiones que se presenten, y buscando estas ocasiones, de ese sentimiento noble y elevado que ha formado a los héroes y ha engrandecido a los pueblos.

El culto de los grandes hombres, principalmente de los grandes hombres de nuestra Histo-

ria, debe ser inculcado por los maestros en el corazón de los niños, haciendo que tributen la veneración que merecen las acciones distinguidas. Debe hablárseles con entusiasmo del patriotismo de José Matías Delgado; de los hechos legendarios de Morazán y del amor a la libertad humana de José Simeón Cañas, de la probidad de los unos y del heroísmo de los otros, a fin de que tengan la misma admiración por nuestros personajes históricos que la que sienten por los de otros países o más.

Conviene también que desde en la escuela primaria se inicie a los niños en el conocimiento de sus deberes y de sus derechos, como personas y como ciudadanos; que sepan qué cosa es la Constitución Política y cuales son sus disposiciones a este respecto.

Que se les enseñe a respetar a las autoridades y a los demás hombres.

Ha de enseñárseles, asimismo, cuánto deben venerar y respetar el pabellón nacional, enseña de la patria, y el entusiasmo que deben sentir por el himno patriótico.

Aquí no se observa por los individuos ningún homenaje en honor del pabellón nacional.

Hemos notado en ocasiones de alguna solemnidad pública, que cuando un cuerpo de tropas sale a la calle llevando el pabellón, nadie al pasar a su frente, le hace la reverencia o

el saludo que en otros países se acostumbra con tanta razón y con tan justo motivo.

Cuando se oye tocar o cantar el himno nacional, tampoco se hace ninguna manifestación de regocijo. En otros países es muy diferente.

Era el 14 de julio de 1910. En uno de los teatros de Buenos Aires se celebraba una función de gala en recuerdo de aquella fecha memorable y gloriosa.

Se sube el telón. La función va a principiar.

La música, una orquesta magnífica, empieza sus notas,—y una artista, mujer bellísima y de una voz melodiosa, portando en su diestra la bandera argentina, da pricipio a un canto.

Todos los espectadores, inclusive las señoras, se ponen de pie.

En uno de los palcos está uno sentado, distraído, oyendo aquel canto y aquella música. Es el capitán del vapor alemán «Rey Guillermo Segundo», que nos ha conducido a dicha ciudad hace pocos días. ¡Que se ponga de pie!; ¡que se ponga de pie!—gritan.

Una persona que se halla cerca de él, a su lado, le dice que están tocando el himno argentino.

El capitán se pone de pie. Una salva de aplausos se oye por todo el teatro.

Las armonías del himno patriótico hacen delirar de entusiasmo a aquella concurrencia.

La gran procesión cívica que con ocasión

del centenario de la Independencia de Chile se verificó en Santiago, recorrió varias de las calles principales de aquella capital.

El Presidente de la República presidía aquella solemnidad; y tanto este alto funcionario como los demás concurrentes iban descubiertos, en consideración a que los cuerpos militares que formaban la valla de honor portaban sus pabellones y las bandas de música tocaban el himno nacional. El Presidente y sus acompañantes saludaban la bandera, símbolo de la nación, al pasar frente a aquella insignia.

Nosotros, pues, hemos de enseñarles a los niños de nuestras escuelas, que deben saludar al pabellón nacional, en semejantes casos.

Debe explicárseles también la letra del himno patriótico, para que al cantarlo, se posesionen de su sentido verdadero.

Precisa igualmente darles a conocer nuestro escudo de armas.

Creemos sin temor de equivocarnos, y sin hacerle agravio a nadie, que jamás ni nunca se ha enseñado en las escuelas primarias ni en los otros establecimientos de educación, lo relativo al escudo de armas y al pabellón nacional. Podríamos preguntarle a la mayoría de los salvadoreños el significado de los colores de nuestra bandera y la razón de tener las catorce estrellas en un «campo rojo», y dudamos poder

tener una contestación satisfactoria, a causa de la falta de aprendizaje. (1)

La enseñanza de la moral en las escuelas primarias y la educación de los niños son una imperiosa necesidad social. Que los maestros despierten los sentimientos del deber, del honor y la dignidad en los espíritus infantiles de sus alumnos, y cumplan en bien de la sociedad, de esta manera, su meritísima y elevada misión.

La educación es una necesidad indispensable para el bienestar social; el respeto mutuo, para conservar el orden y la armonía entre los hombres.

Nos cuenta un viajero que en Wáshington, ha visto siempre poner cartas y periódicos sobre los buzones urbanos del correo, cuando están llenos. Allí permanece la correspondencia, inviolada como adentro, hasta que los factores la recogen.

El mismo distinguido viajero nos refiere lo siguiente, hablando de las consideraciones que se guardan en algunos países a las mujeres:

«Mi madre, que es una anciana de cabello rubio, paseaba por una avenida de Wáshington cierta tarde, y fué atropellada por un escolar de ocho años, de la escuela inmediata. El niño se detuvo y rojo de emoción, se acercó a ella, pidiéndole mil perdones. Mi madre con semblante entre risueño y serio, le habló en castellano. Se

(1) Se advierte que cuando se publicó este estudio, la Bandera era distinta a la actual.

produjo entonces un proceso escolar en el cerebro del niño, rápido y admirable. El había llevado por delante a una señora y sabía desde el hogar y la escuela, que la acción era punible, imperdonable. No podía pasar por mal educado ante aquella señora desconocida, que no comprendía su lenguaje, y por una inspiración mental, más propia de un hombre que de un niño, se acercó a ella, le oprimió una mano con las dos suyas y la besó. Eso habría hecho él con su propia madre».

Es de ver como se encariñan los niños con los pájaros y otros animalitos que hay en los paseos públicos de Wáshington, y el respeto que tienen a las frutas de los árboles de aquellos lugares, como propiedad pública que son.

Y para lograr este fin tan apetecido es indispensable como fácilmente se comprende, que los maestros estén suficientemente instruidos y preparados.

Para terminar este trabajo, que si algo bueno tiene, es la intención patriótica con que ha sido escrito y las reproduciones de las opiniones de los profesores argentinos, diremos que juzgamos que sería de mucha utilidad para el progreso de la instrucción en nuestra patria, que se trajeran uno, dos o más maestros alemanes, que tanto recomiendan los entendidos en el asunto, para que vinieran a ayudar en la reorganización de la enseñanza primaria en El Salvador.

San Salvador, El Salvador, abril de 1911.

III

UN ACONTECIMIENTO

Con motivo de haber anunciado el cable, que el Gobierno de Estados Unidos había destruido el buque de guerra llamado «Wáshington», vinieron a mi memoria algunos hechos pasados, y escribí los dos artículos siguientes, que publiqué, el uno en un diario de esta ciudad, y el otro en una revista literaria.

I

EL ACORAZADO HUNDIDO

Ha sido destruido el vapor «Wáshington»; ha muerto como un héroe de la Paz universal.

Este suceso tan indiferente quizás para todos, nos ha hecho pensar a nosotros en la relación tan íntima que a veces tienen las cosas con los nombres que llevan.—El Libertador de Estados Unidos fué un héroe, y el acorazado de que hablamos, ha sido sacrificado por su nación, en aras del bienestar general.

El «Wáshington» también nos ha traído a la memoria un gratísimo recuerdo, y su sacrificio nos ha impresionado sobre manera; trasladándonos a tiempos que ya pasaron.

Se encontraban en la pintoresca ciudad de

Valparaíso, importantísimo puerto de Chile, el Presidente de aquella República y su Gabinete de Gobierno, acompañados de los Embajadores y Delegados de muchas naciones que habían llegado, con motivo de las fiestas del Centenario de la Independencia Nacional; había en aquel lugar una gran multitud. Se trataba de presenciar una revista naval de buques de guerra de los países cuyos representantes estaban congregados.

Era la mañana de un día del mes de septiembre de 1,910; la revista naval iba a empezar; los cornetas dan la voz de alerta y todos los concurrentes dirigen su mirada al océano inmenso, a ese mar que baña con sus aguas las costas orientales de la poderosa nación americana, la hermana mayor del continente: las de México, Centro América, Panamá, Colombia, Ecuador, Perú y Chile; así como también las costas del imperio del Sol Naciente y de otros grandes países; a ese mar que será el emporio de la próxima futura civilización.

Ya lo dijo el Primer Ministro de Australia, en un profético pensamiento: «Dentro de 50 años el centro de gravedad de la civilización estará en el Pacífico».

Alerta! decían los clarines de tierra, y en aquel mismo instante, se presenta a la vista de todos, presidiendo aquella expléndida manifestación de acorazados, el «Wáshington», bu-

que de la armada americana, el mismo que ha sido destruido, entendemos que por virtud del convenio sobre desarme de las grandes potencias, que en presencia de los horrores de la guerra que hace poco ensangrentaba los campos de Europa, tratan de alejarla cuanto más sea posible.

Pero la guerra es una inevitable necesidad de la vida, nos dice la Filosofía de la Historia.

Sea; ¿pero por qué no hacer esfuerzos por impedir que los hombres se destruyan? ¿Por qué no interesarse por evitar tanto encarnizamiento?

Por eso merecen la mayor aprobación los trabajos que tienden a mantener la paz en todas las naciones.

El desarme universal es un bien inestimable, que deben apetecer los hombres de buena voluntad.

Ah! si todos los directores de los pueblos tuvieran esa cualidad de ser buenos, qué suerte tan benéfica rodearía a los pueblos.

La revista naval a que nos estamos refiriendo había empezado.

Hurras, bravos, prolongados y repetidos aplausos de aquella inmensidad de gente, sobrevinieron al presentarse el buque estadunidense, el cual se hallaba engalanado y como de fiesta; teniendo los marinos sus brazos extendidos y las manos enlazadas, en homenaje de cordialidad y simpatía a la nación festejada.

Indescriptible fué el entusiasmo que reinó en todos los corazones, y su recuerdo ha quedado imborrable en nuestra mente.

La noticia que nos ha trasmitido el cable, de que ha sido hundido el «Washington», nos ha traído a la memoria aquella indecible emoción que nos produjo la revista naval, de que fué portaestandarte.

Aquel imponente y magestuoso barco, el que recibió tantos aplausos, y representó la grandeza y poderío de su nación, ha desaparecido!

Cuán cierto es que todo en el mundo pasa y muere, y que gran cosa es, si ese algo que pasa y muere, deja una estela radiante en su recuerdo!

¡Oh «Wáshington», que llevaste el nombre glorioso de un personaje ejemplar de la raza humana, el que por lo mismo que es ejemplar, no pertenece a un pueblo, sino a la humanidad; porque los benefactores son glorias de ella. Oh! buque, que por los hurras que te prodigamos, bien pudimos haberte llamado buque amigo, has sido destruido en cumplimiento de un pacto inexorable; ya no surcarás las amargas ondas; pero tu destrucción, que ha obedecido a un elevado y sublime ideal humano, ha de dejar esa estela de luz a que hemos aludido, convertida en un sentimiento de fraternidad y de paz.

Que tu prodigiosa nación, que es la Roma de nuestros tiempos, por la hegemonía que ejerce en el mundo, no olvide lo que significa tu sacrificio; que tampoco lo olviden los otros países; y que se consolide el reinado de la paz bienhechora, y que el triunfo de la justicia sea efectivo y estable, y vivan las naciones amparadas por el derecho en la asecución de sus destinos.

San Salvador, El Salvador, diciembre de 1924.

IV.

LAS COSAS VISTAS DESDE ARRIBA

Hace ya más de una década de años, que se encontraban habitando temporalmente en el Palacio Nieto de la capital de Chile, varios diplomáticos latinoamericanos, entre ellos los representantes de El Salvador, Costa Rica y Honduras.

También se hallaba allí mismo el Dr. Pablo Arosemena, respetable y distinguido Ministro de la República de Panamá.

Era el señor Arosemena, en la época a que nos referimos, una persona que frisaba acaso en los 75 años, y hacía entonces más de 40, que había estado en Santiago por primera vez, en concepto de Plenipotenciario de Colombia, su antigna patria. El doctor Arosemena, simpático y afable, era además decidor y entusiasta por las bellas letras.

Nosotros, que también desempeñábamos por aquel tiempo, en el referido país sudamericano un cargo dipliomático, habitábamos igualmente en el Palacio Nieto, lo que dió motivo para que se establecieran entre el representante de Panamá y nosotros, íntimas relaciones de amistad, al grado de que por ese cariño que mútuamente nos inspiramos, conversábamos muy a menudo, y por disposición suya, tuvimos la agradable ocupación de enseñarle el famoso adiós de Lord Byron, o sea aquella conocida composición poética del insigne bardo, que sabíamos de memoria, y que empieza así:

« Todo acabó; la vela temblorosa
Se despliega a la brisa de la mar,
Y yo dejo esta playa cariñosa,
En donde queda la mujer hermosa,
La sola mujer que puedo amar ».

Se tenía noticia en los círculos diplomáticos de Chile, que el Presidente de Panamá había muerto en aquellos días, y que el doctor Arosemena era candidato de la Asamblea Nacional Legislativa, a quien correspondía hacer la elección, para reemplazar al extinto.

Y en un día de tantos, el doctor Arosemena, dirigiéndose a nosotros, que estábamos conversando con algunos colegas nuestros centroamericanos, nos informó que se le había

anunciado haber sido electo Presidente de la Repùblica de Panamá, su nueva patria.

Todos nos regocijamos por la designación, y le presentamos nuestros parabienes; y él, agradecido y satisfecho, nos ofreció una copa de champaña, que aceptamos con el mayor gusto.

Nos sentamos a la mesa en que iba a servirse el espumoso líquido; servidas las copas, el obsequiante se colocó de pie y tomando la que le correspondía, se dispuso a hablar.

Creíamos que sus palabras se concretarían a expresar sus sentimientos por la prosperidad y bienestar de los países que representábamos, o como se acostumbra en tales casos, a manifestar que se interesaría por el progreso del suyo, y por estrechar las relaciones amistosas y desarrollar las comerciales entre Panamá y las otras naciones.

Nada de eso; su discurso, dicho en términos efusivos, fué el siguiente:

«Tomemos esta copa, y ofrezcamos, en nombre de la libertad de los pueblos de América, unirnos en sentimiento y acción, para que sea eliminado el déspota que gobierna a Guatemala».

Aplaudimos por lo inesperado del asunto, y procedimos a libar el consabido champaña, en honor del nuevo Presidente de Panamá.

Todos consumimos las copas; y el doctor

Arosemena, agregó: «el continente hispanoamericano adversa a Estrada Cabrera».

Muy pronto volvió a Panamá; desempeñó, si recordamos bien, la Presidencia de la República durante dos años, tiempo para el cual había sido nombrado, y no hemos sabido que ya en aquel puesto, haya hecho algo por derrocar al dictador, en cumplimiento de sus aspiraciones libertarias.

Su brindis de Santiago fué puramente teórico, una exaltación de esas mismas aspiraciones.

Y hemos deducido de lo narrado, que mucha razón tuvo un personaje político costarricense, al decir, cuando sus desafectos lo criticaban por las contradiciones en que había incurrido, que las cosas vistas desde abajo se ven distintas si son vistas desde arriba.

Aunque tenemos que consignar en favor del doctor Arosemena, que estamos convencidos de que los que escuchamos sus palabras, nada le solicitamos en contra del ex-Presidente guatemalteco.

San Salvador, El Salvador, diciembre de 1924.

SEGUNDA PARTE

VIII

CUBA

Algùn tiempo después, íbamos mi esposa y yo a bordo del vapor Zacapa, perteneciente a la Compañía Frutera, rumbo a Norte América.

Era ya de tarde: el sol se había hundido en el ocaso, y el barco se iba acercando a la Habana, la que se presentaba profusamente iluminada por luces eléctricas y con un aspecto encantador.

Atraído por aquel tan seductor espectáculo, no pude menos que exclamar con el dulce poeta de Bayamo José Joaquín Palma:

«¡Oh Cuba! ¡Cuba hechicera!
Del mar adorada esposa»

Atracamos a uno de los muelles; y allí estaba esperándonos, la distinguida Delegación salvadoreña al Congreso Médico, reunido a la sazón. Sentimos mucha alegría; porque es muy grato encontrarse en el extranjero con algunos compatriotas.

Desembarcamos, y recorrimos en esa misma noche la ciudad: el Vedado, Marianao, el lindo paseo del Prado y otros lugares interesantes.

Fuimos al teatro de la Comedia, y tuvimos muy buena suerte, pues se daba una función por una compañía de primer orden, de la que formaba parte Mimí Aguglia, la aplaudida artista italiana, de fama mundial.

Se representaba Marianela del Cervantes moderno, Benito Pérez Galdós, arreglada para la escena por los hermanos Quinteros.

La Aguglia estuvo admirable en todo, hasta en el dominio del español, como si fuera su propio idioma; porque lo mismo son para ella cinco o más idiomas extranjeros que posee a la perfección, que su lengua nacional.

Me hizo recordar a otra celebrada artista italiana, la bellísima Tina di Lorenzo, a quien vi representar la Dama de las Camelias en el teatro San Martín de Buenos Aires; también de una manera admirable.

En el siguiente día, anduvimos en automóvil por toda la población, aún por la parte urbanizada, que es muy extensa, y en la que no se han hecho todavía edificaciones.

Hacía once años que había estado de paso en aquella capital; ¡y qué diferencia tan notable la que encontré! En aquel tiempo no podía decirse que la Habana fuera una ciudad verdaderamente hermosa; pero en la actualidad,

es muy bella, alegre y llena de progresos de toda clase.

Así serán muy pronto las capitales de los países de Centro América, los que ya han despertado a la vida del progreso creciente y de la más elevada civilización.

Pero la lucha por la vida será más intensa, y tendrá que desaparecer la sencillez de nuestras costumbres, más aún en nuestras relaciones amistosas.

Visitamos la Catedral, en donde estuvieron depositados los restos mortales del gran Almirante descubridor del continente.

En uno de los parques de la ciudad apa-

Estatua de José Martí (Habana Cuba)

rece la estatua del patriota y libertador José Martí, y en un cementerio la tumba del héroe de la independencia, Máximo Gómez que consiste en una columna piramidal de mármol jaspeado.

¡Cuántos recuerdos me vinieron en la capital de Cuba, tierra de patriotas, poetas, escritores y hombres sabios; y se me presentó a la mente, Gonzalo de Quesada, que fué colega en la 4a. Conferencia Panamericana, orador y patriota, que tanto le preocupó la libertad de su querida nación; y el otro gran orador Rafael Montoro, colega asimismo, en la Conferencia; y que también se ha interesado como Representante y como ciudadano, por los derechos de su pueblo!

Hubiera querido haber seguido más tiempo en la isla preciosa y rica; pero el vapor se marchaba, y tenía yo que continuar mi viaje.

El Salvador ha esparcido la luz de su arte y su saber en el simpático y florecimiento país cubano; pues el afamado pintor salvadoreño Francisco Cisneros desempeñó en la Habana la Dirección de la Academia de Bellas Artes de San Alejandro.

Cisneros ha sido considerado como artista genial; se le ha llamado el Rafael Urbino americano.

Muy joven lo enviaron sus padres a Europa; y en París y Roma se dedicó al estudio; habiendo sido consagrado en ésta como artista.

Francisco Cisneros, pintor salvadoreño.

Cuando residía en la capital de Francia, fué a visitar en su prisión del Castillo de Ham a Luis Napoleón Bonaparte. Después, siendo éste ya Presidente de la República, entró en una conspiración, organizada por Ledru Rollin y otras notabilidades francesas. Descubiertos los conjurados, fueron presos algunos. Cisneros fué uno de ellos; pero el Presidente, al recordársele la visita aludida, ordenó su libertad.

Tomó parte en un concurso en que se iba a premiar el mejor retrato de la Emperatriz Eugenia; y el Correo de Ultramar, según cita de un escritor, dijo a este propósito: «Nos olvidamos decir, que el retrato que va a la cabeza de la Corona Poética, dedicada a la Emperatriz de los franceses, es obra de Francisco Cisneros, joven centroamericano, sin duda por creerse que es el mejor entre más de un ciento, ejecutados en París».

En Roma copió la Transfiguración de Rafael, «o sea el mejor cuadro del mundo en su clase»; esa copia la hizo Cisneros al mismo tiempo que recibía su confirmación de artista, y la envió a su patria. Se conserva en la iglesia de Concepción de Santa Tecla.

Cuando conocieron en la Habana su pincel admirable, le prodigaron muchos elogios, sólo hechos al artista más renombrado.

Varios de sus cuadros y retratos existen

en la capital de Cuba; y son tenidos como de altísimo mérito.

Tenía mucha facilidad para los idiomas: llegó a poseer además del español, su lengua natal, el griego, latín, francés, italiano, inglés y el alemán. Tenía también una variada ilustración.

IX

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

La ciudad de Wáshington es hermosísima: una de las más bellas de la tierra, con avenidas de árboles, las que forman un inmenso bosque de verdura, principalmente en la estación primaveral.

En todos los países civilizados, los árboles en las ciudades constituyen una necesidad imperiosa, y muy bien se ha afirmado, que quien siembra un árbol es un bienhechor; ahora pienso yo, qué responsabilidad tan grande contrae quien corta o destruye un árbol y no lo repone con otro, por lo menos.

Como a las diez de la noche de un día del mes de diciembre de 1922, llegué en compañía de mi esposa, en uno de los trenes procedentes de Nueva York, a la capital de Estados Unidos. Iba investido con el carácter de Delegado de El Salvador a la Conferencia sobre asuntos centroamericanos, que próximamente sería inaugurada, y en la estación de la Unión, se en-

contraban el señor Robert W. Bliss, 3er. Subsecretario de Estado; el señor Francis White, Jefe Activo de la División de Negocios latinoamericanos; el señor doctor Leo S. Rawe, Director General de la Unión Panamericana; el Ministro de Costa Rica, Encargado de la Legación de El Salvador señor Octavio Beeche y su señora, quienes habían llegado a recibirnos.

El señor Bliss me manifestó, que por recomendación especial del Jefe del Departamento de Estado (entiendo que lo mismo se hizo con los otros Delegados), saldríamos de la estación por la puerta destinada al Presidente de la República y su familia.

Y con deferencia y amabilidad fueron ofrecidas a los Delegados varias fiestas, unas oficiales y otras dispuestas por personas particulares.

El Secretario de Estado señor Hughes y su señora se distinguieron por sus agasajos a la Conferencia. A algunas de estas fiestas concurrió el Vicepresidente Sr. Coolidge, hoy Presidente de la República, acompañado de su señora esposa.

También nos obsequiaron el Subsecretario de Estado señor William Phillips y señora, el señor Bliss y señora, el señor White y señora, el señor Summer Welles y señora y otros altos funcionarios y sus familias.

Pudimos apreciar las cualidades de distinción y cultura, que adornaban a las señoras

del Departamento de Estado, con quienes tuvimos la honra de relacionarnos.

Me llamó mucho la atención lo que expresó el entonces Presidente Harding en un banquete con que nos obsequió: ésto es, que los países centroamericanos son verdaderos vecinos de Estados Unidos, a quien les interesan muchísimo. Entre los concurrentes estuvieron los miembros del Gabinete y el general Pershing, Jefe de las fuerzas americanas que operaron en Europa, en la guerra mundial.

Recuerdo, asimismo, una costumbre establecida en Wáshington.

En las recepciones oficiales o particulares, los Delegados y sus señoras, en cuyo honor habían sido dispuestas, debían reunirse con el Secretario de Estado y señora o con las familias invitantes, oportunamente, para recibir juntos a las personas convidadas, que casi siempre eran numerosas; y allí estábamos de pie todos, damas y caballeros, durante hora y media, o más; recibiendo los saludos de aquéllas.

Una de las más gratas y memorables fiestas, fué el almuerzo que se verificó en la Academia Naval de Annápolis. Fuimos espléndidamente atendidos por funcionarios del Departamento de Estado y por el Almirante Wilson, Director de la Escuela.

El edificio es hermoso; costó catorce millones de dólares, y el número de alumnos ascien-

de a dos mil cuatrocientos jóvenes sanos y robustos, los cuales vestidos de gala, hicieron evoluciones militares, en homenaje de los Delegados de Centro América; resultando aquella manifestación de simpatía, brillante y magnífica.

El Almirante Wilson es quien trajo de Europa los restos del soldado desconocido.

Muy significativa y simpática fué la función de gala que se verificó en el teatro Polis, dedicada por el Secretario de Estado y la señora Hughes a la Conferencia.

El teatro estaba engalanado en aquella noche; y se representaba la Bohemia por artistas del Metropolitano de Nueva York, entre los cuales figuraba con lucimiento, el tenor costarricense Manuel Salazar. La orquesta era magnífica.

Estuvieron presentes el Secretario de Estado y la señora Hughes; los funcionarios del Departamento de Estado y sus familias; varios Ministros de Estado y sus familias y los Delegados centroamericanos; lo mismo que una numerosa concurrencia de particulares.

Se quiso honrar debidamente al tenor centroamericano; haciendo que representara en aquella función; y también, con exquisita galantería, se quiso agradar a los Delegados, para que en unión de aquel público selecto y distinguido, aplaudieran al digno representante artístico de sus países, como en efecto se le tributaron al te-

nor Salazar muchos aplausos, junto con los otros celebrados artistas, que nos deleitaron en aquella ocasión, cantando la armoniosa y dulce ópera del Maestro Puccini.

En una comida que se daba en casa de la familia Bliss, al ir a sentarnos a las mesas, pues eran varias las que se habían preparado, el anfitrión, que es un caballero a toda prueba, me dijo que le había designado al Presidente de la Corte Suprema y Delegado de El Salvador, como compañera, para que la atendiera, a una señora muy linda, o sea la señora Beale, de la sociedad de San Francisco California, y que residía en Wáshington.

Le rendí mis agradecimientos; nos sentamos a la mesa que nos correspondía, y ocupé yo un lugar entre esta señora y la dueña de la casa, que es también una gentil dama; y las dos hablan correctamente el español.

En el transcurse de la comida, la señora Bliss me manifestó: que en esos días se había emitido un decreto, en el que se disponía que los niños americanos debían asistir a las Escuelas públicas de Enseñanza Primaria, sin permitírseles la asistencia a Escuelas privadas. La señora agregó: que esa disposición la conceptuaba contraria a la libertad, y que deseaba oír mi parecer.

Le expresé que ante una opinión tan autorizada y fundada como era la de ella, no

podía menos que inclinarme y manifestar mi conformidad; sin embargo, como la señora insistía en que yo, sin atender su modo de pensar, que no era, según indicaba, más que una observación, dijera mi sentir sobre el particular, le contesté: que, siguiendo un orden de ideas distinto al de la libertad, de que había hablado, creía que al dictarse aquella medida, era con el objeto de mantener y desarrollar lo más que fuese posible, en los niños de todas las clases de la sociedad, el sentimiento democrático, que ha contribuido a formar y consolidar las instituciones de la nación americana; que consideraba que ese motivo era eficiente para ello; y que si se pudiera llevar a cabo esa práctica en Estados Unidos, esto sería beneficioso, como lo ha sido en Costa Rica, país en el cual había podido notar, que, no obstante de no tener carácter obligatorio, y de existir establecimientos privados, concurren a las Escuelas pùblicas niños de todas las clases sociales, con resultados apetecibles.

Aquí donde impera la democracia, podían juntarse en las mismas Escuelas los niños sin distinción de clases, ya que constantemente se ven casos como el del Presidente Harding, que en sus primeros años vendía periódicos, para sustentar las necesidades de su vida, y el del entonces vicepresidente Coolidge, que era también de modesta condición; y los dos han

llegado a la más alta posición social y política.

En Costa Rica, de la que he hecho alusión, es corriente lo que se expresa en seguida:

La hija y el hijo de la señora de la casa, salían todos los días con dirección de la Escuela del Edificio Metálico, y detrás de ellos se iban también con igual destino, la hija y el hijo de una señora que en esa casa prestaba sus servicios; los cuatro se juntaban en el mismo establecimiento escolar, sin protesta de nadie. Pasó el tiempo: la hija de la que servía, que era una muchacha muy bonita, se casó con un americano rico, y es actualmente una elegante señora de Nueva York, y el hijo se marchó para Estados Unidos, en busca de mejor fortuna; varios años después, ha aparecido en un teatro de los principales de una ciudad italiana, como un tenor que promete mucho, cantando con una notable artista.

Es verdad también que el hijo de la dueña de la casa, es actualmente un gran médico, y la hija de la misma ha formado un hogar dichoso.

Para satisfacción de los lectores, tengo que decirles: que lo relacionado en estos párrafos, se lo refería a la muy apreciable señora Bliss, en términos muy breves y no tan largos como me han resultado.

En esas mismas fiestas, noté el espíritu de empresa y de trabajo con que se educa a

los norteamericanos. Una señora distinguida y millonaria nos refería unos días después de la Pascua, lo siguiente: que había formado dos lotes de juguetes para ofrecérselos a su hijito, un niño de siete años, a fin de que éste escogiera uno para sí y otro para que se lo regalara a un niño de su edad, que fuese pobre, y que le había advertido, que si deseaba más juguetes que aquéllos que a él le correspondían, que trabajara para obtener con qué comprarlos.

Para corresponder, aunque fuera en parte, las atenciones y agasajos del Gobierno americano, y como una muestra de reconocimiento, las Delegaciones dispusieron ofrecer una comida al Secretario de Estado y a la señora Hughes, que se efectuó en el edificio de la Unión Panamericana. Estuvieron muchas distinguidas personas; fué invitado e hizo acto de presencia, el ex-Presidente de la República señor William H. Taff, en la actualidad Presidente de la Corte Suprema.

Entre los obsequios que nos hicieron personas particulares, están: un banquete de la Sociedad Panamericana de Nueva York, otro del señor Miles White Junior y señora de Baltimore, padres del señor White, jefe de la División latinoamerica; una recepción y una comida del señor Robert Means Thompson y señora; otra del señor William E. Fowler y señora; to-

das familias millonarias, cuyas residencias son palacios; y las fiestas fueron regias. También tuvimos la honra de que nos ofrecieran una magnífica recepción, la señora Boardman y su hija la señorita Boardman, en su bellísimo palacio; tanto más honrosa, cuanto que las obsequiantes son personas altruistas y de grandes merecimientos: la señora cuenta noventa años de edad, y daba gusto verla por su distinción y la manera de hacer los honores de su casa, como si fuese una joven; y la señorita Boardman, desempeña muy elevadas funciones en la Cruz Roja americana; siendo ella una de las personas que más interés han tomado en enviar socorros valiosos de millones a los niños necesitados de Europa; y según dijo uno de los principales diarios de aquella capital, es actualmente una de las mujeres más notables de Estados Unidos.

Pero no todo debía ser alegría y fiestas. Los Delegados fuimos invitados a los servicios religiosos, dispuestos en sufragio del alma del Presidente de Polonia, señor Gabriel Nacutomiez, recientemente fallecido, y que se celebraron en la iglesia católica de San Patricio.

Asistieron el Presidente Harding, el Secretario de Estado Hughes, otros altos funcionarios y los Diplomáticos acreditados; y quizá por el respeto al derecho ajeno, que en aquel país constituye una norma de la vida nacional,

el Presidente y el Secretario de Estado, que profesaban distinta creencia religiosa a la de aquella ceremonia, tuvieron que arrodillarse, cuando alzaron en la misa que se celebraba, lo mismo que todos los demás concurrentes.

Infinidad de cosas que merecen la atención del viajero, posee la capital de la nación americana.

Wáshington es una población relativamente silenciosa; sin el bullicio de las otras ciudades de Estados Unidos.

———

Precioso es el Parque Lafayette, construido en honor del valeroso y entusiasta mllitar francés, que puso su contingente al servicio de la independencia de la República norteamericana.

Voy a consignar un detalle interesante. — Impresiona de un modo agradable la multitud de pájaros que constantemente se encuentran en el referido paseo; en donde reciben las caricias de los niños que también llegan a dicho lugar. Son tan mansos los pajarillos, y tan acostumbrados están a esos afectos, que se suben a los hombros de sus amiguitos, quienes lejos de causarles molestia alguna, tienen a mucha honra recibir, a su vez, esas demostraciones de confianza y simpatía.

———

El capitolio se destaca imponente y ma-

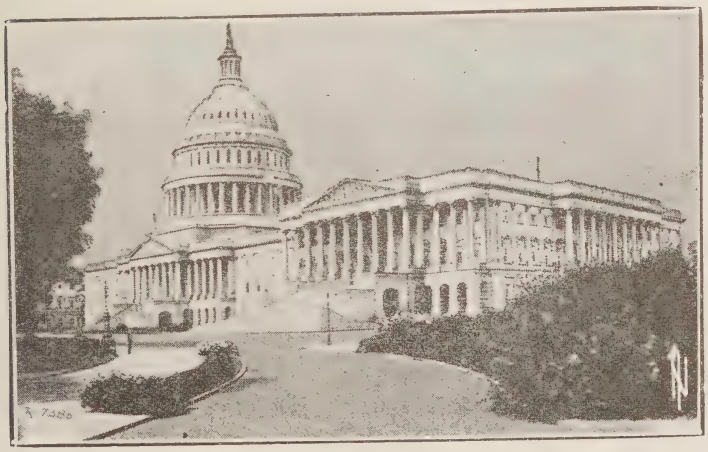
gestuoso.—En él celebran sus sesiones el Senado y la Cámara de Diputados.

Contiguo al portón de entrada, se halla el salón de las estatuas de los ex-Presidentes ya fallecidos, erigidas como un recuerdo de la nación a sus gobernantes.

El Capitolio es soberbio; y visto de noche, al fulgor de su profusa iluminación, se presenta espléndido y magnífico.

Al verlo me vino a la memoria aquel Capitolio romano de la antigüedad, desde donde se impartían órdenes al mundo conocido, al amparo de las legiones conquistadoras.

Y se me ocurrió también que sólo perduran en el recuerdo de la humanidad, los pue-



El Capitolio de Wáshington

blos que han sido inspirados en los ideales de la libertad y de la *justicia*.

La Librería del Congreso es un edificio espléndido; una maravilla de estos tiempos.

Es un templo suntuoso y artístico, levantado a la civilización.

Llegué a un salón de lectura, toqué un timbre; y luego apareció una persona, quien me preguntó que cuál libro deseaba. Le contesté: que Don Quijote de la Mancha; e inmediatamente después, se me presentó, automáticamente, la obra inmortal de Cervantes.

———

La Unión Panamericana es una preciosidad. Tiene de particularidades que su techo es de teja y como las casas de los países de Centro América, está provisto de un patio o jardín sin cubierta en el centro del edificio. Allí se congregan los Representantes de todas las naciones de América, para tratar de asuntos que les atañen en su vida independiente y soberana. En uno de los salones se hallan colocados los bustos de los hombres más célebres de este hemisferio, designados uno por cada país: Bolívar por Venezuela, San Martín por Argentina, Hidalgo por México, Delgado por El Salvador, Santander por Colombia, etc.

El edificio de la Union Panamericana fué construido por la munificencia del filántropo

Carnegie, el mismo que dió los fondos necesarios para edificar la Casa de Centro América en San José de Costa Rica

Se interesó siempre por el bien general y por la paz. A él se debe la institución de su nombre, que labora por esos fines tan benéficos.

Fué el señor Carnegie el altruista sincero, que prefirió la democracia de la nación americana, su patria adoptiva, a la monárquica nación británica, la patria de su nacimiento; sin embargo de que en ambas impera la libertad, y el que escribió a este propósito, el importantísimo libro de la Democracia triuntante.

———

La Mansión Ejecutiva, llamada por designación popular, la Casa Blanca, es de arquitectura sencilla; aunque está magníficamente decorada en el interior, y posee preciosos jardines. En ese edificio tiene el Presidente de la República su despacho oficial, lo mismo que su residencia particular y la de su familia.

Hay una galería de retratos de las *primeras Damas del País*; título con que califican a las esposas de los Presidentes de la Repùblica. Es un homenaje a las dignas compañeras de los ciuoadanos que han dirigido los destinos de la gran nación, y cosa muy natural es dicho homenaje allí donde la mujer tiene tanta influencia y tan altas prerrogativas.

———

Monumento de Lincoln, Wáshington

Grandioso es el monumento levantado por el pueblo estadunidense a una de sus más puras y legítimas glorias, debiera decir, a uno de los más excelsos personajes de la historia: a Abraham Lincoln, que de humilde cuna subió al puesto político más elevado de la tierra.

El Presidente Coolidge ha dicho, refiriéndose a Cristóbal Colón: que son pocos los hombres verdaderamente grandes» Lincoln es uno de esos pocos de la raza de los verdaderos grandes hombres, «que ponen el genio o la fé, fecunda como el genio, al servicio del deber».

Por eso decía un filósofo en frase bellísima: dos cosas son las que yo más he admirado durante mi vida: un cielo estrellado sobre mi cabeza y el cumplimiento del deber en el fondo de la conciencia.

Lincoln reunió en sí tres supremas cualidades: voluntad inflexible de carácter, gran bondad de corazón y profundo amor a la humanidad y a su patria.

Con ese acopio de relevantes prendas y de sentimientos de tan alto relieve, ¿qué mucho que haya sido su vida la de un varón excepcional, y que haya brillado con tan vívidos resplandores?

Estados Unidos le debe haber sostenido la unión contra los confederados que pretendian separarse y constituir una nación independiente; y los mismos Estados Unidos y el resto de la humanidad, el haber sido mártir de la libertad y de la igualdad de los hombres.

Alguien ha dicho que la fraternidad humana es una simple teoría; una idealidad sin resultado práctico; ¿y la abolición de la esclavitud qué es entonces; ¿y el altruismo que envía a los niños extranjeros alimentos para que no mueran de hambre, cómo se llama?

El monumento levantado a Lincoln se encuentra frente a frente de la columna Wáshington, que representa la talla moral del padre de la patria; y los dos se reflejan en las aguas cristalinas que formando un espejo, los separan, como uniéndose en un mismo sentimiento de cariño por los principios del derecho y de la libertad humana.

Grandiosos, como queda expuesto, son esos

monumentos; pero la obra moral de aquellos dos hombres, es aún más elevada, por sus consecuencias en la suerte de la humanidad.

La grandeza de Lincoln no está en haber sido Presidente de la poderosa nación americana, ni en haber llevado a cabo sus propósitos con los elementos que tenía: su renombre está en haber proclamado y sostenido la libertad de cuatro millones de esclavos, aunque realzado por su martirio.

Luego su gloria se halla principalmente en la obra libertadora que realizó y en su sacrificio; en esa virtud, José Simeón Cañas, que tuvo la misma nobleza de sentimientos, al pedir ante la Asamblea Constituyente de Centro América, mucho tiempo antes, la abolición de la esclavitud, es también un gran benefactor.

Si la bondad de las acciones humanas se halla en sobreponerse a las ideas dominantes, cuando éstas son contrarias a la justicia, y en sus efectos beneficiosos, el prócer salvadoreño es digno de la inmortalidad, como personaje eximio de la historia.

El Salvador no ha hecho todavía cuanto está obligado, para honrar debidamente a quien por lo noble y elevado de su espíritu, perteneció a la raza de los escogidos.

Y no hay que olvidar que los países que veneran como se merece a sus grandes hombres, se enaltecen ellos mismos; porque demuestran

El Prócer José Simeón Cañas en Zacatecoluca, El Salvador.

su entusiasmo por los anhelos generosos de mejoramiento y cultura.

La tumba de Jorge Wáshington en Mount-Vernon, contrasta por su sencillez y extremada modestia, con la grandeza del Libertador de Estados Unidos, y con la veneración que le tributa la humanidad, especialmente el pueblo americano.

Pero está de acuerdo esa sencillez con la modestia que le caracterizaba, pues «ideas más grandes que la vanagloria ocupaban su mente»

Tumba de Wáshington, Mount-Vernon.

Allí llegan de todas partes del mundo magnates y hombres que aman las instituciones libres, a presentarle el tributo de su admiración sincera y de su simpatía.

Y guiados por ese impulso, las Delegaciones centroamericanas dispusieron depositar una corona de flores en aquella tumba: dí mi asentimiento, en nombre de El Salvador, el pueblo idealista por la libertad, admirador de los hechos trascendentales de la historia y de los representativos de esos mismos hechos.

———

En el cementerio de Arlington son sepultados los restos de algunos hombres públicos y de soldados que han muerto en los campos de batalla. Allí está la tumba del soldado desconocido, que sucumbió en la última guerra mundial, y cuyos restos fueron trasladados de Europa a la capital de Estados Unidos.

La Conferencia dispuso depositar una ofrenda floral en la tumba referida; y correspondió a los Delegados de El Salvador y Costa Rica la honra de colocar dicha ofrenda.

Existe en el mencionado cementerio un anfiteatro, que tiene una extensa galería, en donde se levanta una tribuna. Desde allí el Presidente de la Repùblica, en ocasiones solemnes, hace remembraza de los que se sacrifican por el prestigio de las instituciones de su patria, y

cuando fué sepultado el soldado desconocido, hizo la apología de los defensores de la nacionalidad americana.

Recordamos que hay en lo alto de las paredes varias inscripciones, y una de ellas es el canto inmortal de los griegos:—«somos lo que fuisteis; seremos lo que sois; ese canto que debieran entonar los ciudadanos de todos los países, por aquello que dijo Ernesto Renán: que viene a ser en su candorosa simplicidad el himno abreviado de toda patria».—«El culto de los antepasados es el más legítimo de todos los cultos»—«A ellos somos deudores de lo que somos».

Por eso el poeta escribió en el himno a la Bandera salvadoreña, aquella significativa y patriótica estrofa, que todos los salvadoreños debieran cantar:

«Los Próceres vencieron
De esta Bandera en pos;
Nuestros padres siguieron
Este ejemplo de honor;
Nosotros cantaremos
Como el griego cantó:
«Somos lo que fuísteis,
Seremos lo que sóis».

X

PUERTO DE COLÓN

Mi esposa y yo llegamos procedentes del Norte a esta ciudad, que es bonita y silenciosa; nos hospedamos en el hotel Wáshington, de propiedad del Gobierno americano; pero que está al servicio del público.

El edificio tiene una vista lindísima hacia el mar; allí se ha erigido una estatua al Descubridor del Nuevo Mundo, quien aparece en aptitud de contemplar el Atlántico, que brindó camino a las tres carabelas españolas, en una de las cuales venía el gran Almirante, para arribar por primera vez, a las playas de América.

No se encuentra pasaje en los vapores que van para Costa Rica, a donde nos dirigimos, y tenemos que aguardar en este puerto, lo menos seis días.

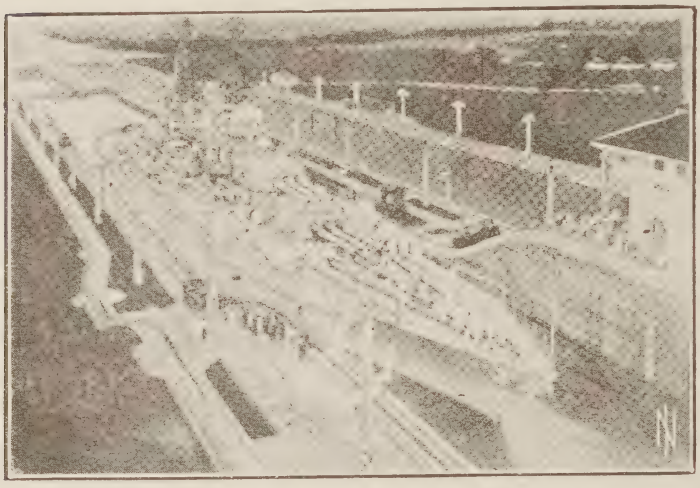
Cerca de Colón se hallan las exclusas de Gatùn, que forman parte del Canal de Panamá, de esa obra que es una de las más prodigiosas del esfuerzo humano. La han descrito plumas brillantes y expertas.

Los campos situados a orillas del Canal en aquel punto, cultivados con esmero, son pintorescos y de un variado verdor.

Un día como a las cuatro de la tarde, visitamos Gatún; se nos informó que el vapor

New México esperaba para pasar, y que lo efectuaría dentro de pocos minutos.

Nos colocamos en un lugar conveniente, y luego vimos abrirse automáticamente la primera exclusa, para darle paso al buque; éste caminó llevado por cables eléctricos; después se cerró la exclusa, también automáticamente, y el barco siguió pasando, como en una marcha triunfal.

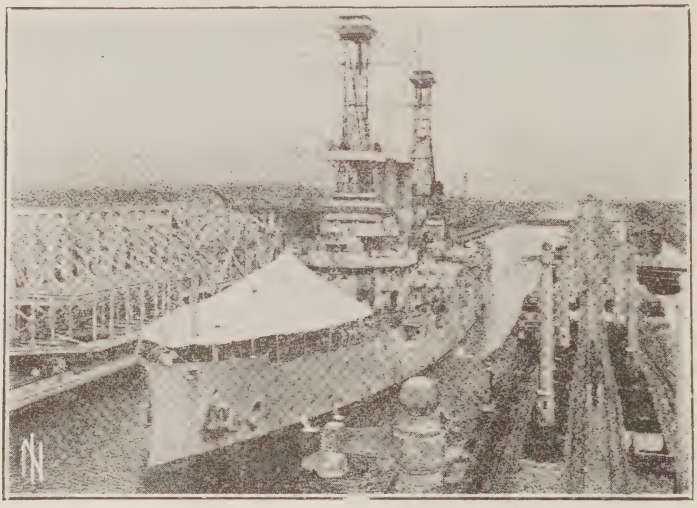


Pasada del New México en las exclusas de Gatún.

Panamá es ya el centro del mundo: se está realizando ya lo que con admirable visión del porvenir decía en 1815 el Libertador Simón Bolívar: Esta magnífica posición entre los dos grandes mares, podrá ser con el tiempo el emporio del universo. Sus canales acor-

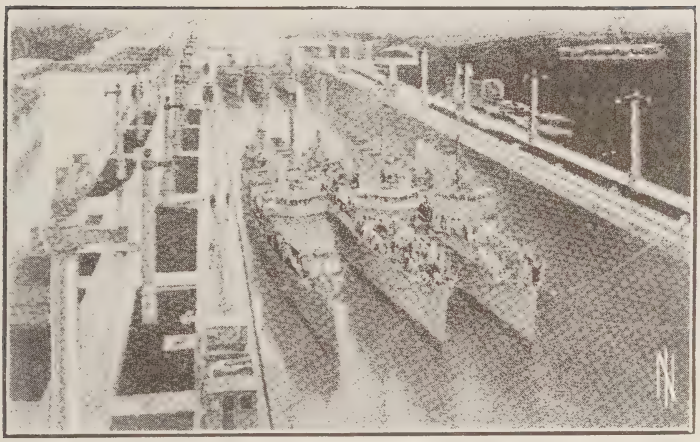
El Libertador Simón Bolívar.

tarán las distancias del mundo: estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia, y traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierrra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio.«



El Vermont saliendo de las exclusas de Gatún.

«Quiso Bolívar unir a toda la América con los lazos de la política, del derecho, de intereses morales y materiales presentes y futuros». Escogió a Panamá para la reunión del Congreso de Plenipotenciarios que convocó con el objeto de llevar a cabo «éste, que fué uno de sus mayores y más constantes pensamientos».



Seis torpederos americanos en las exclusas de Gatún

El vapor Aconcagua en las exclusas de Mira Flores.

En 1826 se instaló el Congreso, y aunque no se realizaron los propósitos del Libertador, aun se siente la necesidad de la unión de los pueblos americanos, que debe ser, sobre todo de los de nuestra propia raza, objeto de nuestras constantes aspiraciones.

«El Atlántico y el Pacífico, que han forcejado por unirse desde el principio de los tiempos, día por día, minuto por minuto, se han dado el ósculo de la civilización.»

XI

COSTA-RICA

Varias veces he estado en este simpático y querido país; esto se ha verificado en las administraciones de tres de sus mejores Presidentes: don Cleto González Víquez, don Alfredo González Flores y don Julio Acosta; con ellos he cultivado relaciones de amistad, y puede conocer la nobleza de sus sentimientos y su patriotismo.

En el primer tiempo, fuí Magistrado de la Corte de Cartago; en el segundo, Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario; y en el último, estuve de paso para Estados Unidos, en concepto de uno de los Delegados a la Conferencia Centroamericana de Wáshington; a mi regreso en 1923, y después, en el propio año, con el carácter de Ministro Di-

plomático; aunque no tuve ocasión de presentar las credenciales, por tener urgencia de regresar nuevamente a El Salvador.

I

El señor González Víquez es una personalidad culminante: hizo un Gobierno modelo; se distinguió en la Presidencia de la República por su centroamericanismo.

Fueron sus colaboradores: don Alfredo Volio, de mucho talento, Ministro de Relaciones Exteriores; después, mi colega en la Cuarta Conferencia Panamericana; y en los últimos días de mi permanencia en San José, el notable historiador don Ricardo Fernández Guardia, también en calidad de Ministro de Relaciones Exteriores.

Como Presidente Municipal que ha sido el señor González Víquez, se ha afanado por el saneamiento y embellecimiento de aquella capital.

Cuando llegué a Costa Rica fué mi primera impresión la de volver a El Salvador lo más pronto; y como tardó en llegar mi sustituto, me ví en el caso de permanecer en San José cerca de nueve meses, tiempo en el cual llegué a encariñarme tanto con la tierra costarricense, que la dejé con pesar.

De esta manera comprobaba yo la veraci-

dad de lo que, respecto de Costa Rica, ha escrito el poeta hondureño Froilán Turcios:

«Es un país grato, libre, floresciente.—Hay en su atmósfera, sobre todo en ciertas mañanas diamantinas—una suavidad optimista que invade ligeramente las almas».

«Tierra de apacibles hogares, de ingenuas costumbres, de mujeres peregrinas. Balsámico rincón de Centro América, propicio al normal placer, a la serenidad del pensamiento, a la paz del corazón. Conociendo este sedante paraíso, se comprende la dolorosa nostalgia que enferma a los costarricenses que se ven obligados a emigrar.»

Estando próximo mi regreso, tuvieron la amabilidad de obsequiarme con una comida el señor Magistrado de Costa Rica, muy conocido en los otros países de Centro América, don José Astúa Aguilar y señora.

En una crónica que publicó uno de los diarios de la capital, se hablaba de ese banquete en estos términos:

«Suntuoso fué en efecto aquel obsequio; pero no tendría el gran mérito que le atribuímos, si ese calificativo pudiéramos aplicarlo sólo a la mesa espléndidamente servida. Un banquete ceremonioso, de simple cortesanía social, se puede dar a cada rato, siempre que se sepa hacer un *menú,* excitante y apetitoso, grato al paladar y a los ojos. Mas un banque-

te como éste, en que las viandas con ser magníficas, eran lo de menos; un banquete preparado por el afecto al amigo que se ausenta, por la estimación al compañero que nos deja; servido en el seno de aquel hogar, donde han establecido su asiento la inteligencia y las virtudes, y honrado por la presencia de señoras y señoritas buenas como ángeles y preciosas como estrellas, es algo como una suntuosa fiesta de las almas, en la cual se ofrece y se saborea el delicioso vino del afecto, que es el más agradable de cuantos puedan brindarse en la vida a nuestro corazón sediento de cariño.»

«Por eso el banquete fué suntuoso, y al rededor de aquella mesa, iluminada por la cordialidad y cubierta de flores, se sentaron señoras que son gala de nuestra sociedad, y caballeros que son honra del nombre centroamericano; todos a festejar al amigo que se despide, con testimonios sacados del alma».

También el Ministro de Relaciones Exteriores señor Fernández Guardia, me dió otro banquete, por encargo y disposición del Presidente González Víquez. En esa fiesta los concurrentes, que eran personalidades del Gobierno y de la sociedad, expresaron sus mejores deseos por la más íntima cordialidad entre El Salvador y Costa Rica, vinculados como están por estrechos lazos de amistad y simpatía.

II

En el año de 1917, como he dicho, fuí nombrado Ministro de El Salvador ante el Gobierno de Costa Rica, en Misión Especial.

El objeto era corresponder la visita de cortesía, que el Ministro de Relaciones Exteriores de aquel país don Julio Acosta había hecho al Gobierno salvadoreño. Gobernaba entonces en Costa Rica el señor González Flores, que se preocupaba mucho por todos los asuntos pùblicos, principalmente en lo relativo a las finanzas.

Hizo derroche de atenciones en honor de la Misión salvadoreña, y corresponde a El Salvador recordarlas con gratitud y carriño.

Desde nuestro arribo a Puntarenas, fuimos recibidos con las muestras de aprecio más afectuosas, por las autoridades de aquel puerto y por algunas personas particulares.

En tren especial fuimos conducidos a la capital, en donde pude notar en un principio y siempre el acendrado afecto que el pueblo de Costa Rica profesa al pueblo salvadoreño.

A nuestra llegada a la capital, estaban en la estación con el objeto de recibirnos, el Ministro de Relaciones Exteriores señor Acosta y otros distinguidos funcionarios del Estado.

En la noche del día de la recepción ofi-

cial, me ofreció el Presidente de la República un concierto por la Banda Militar.

Durante éste, fué honrada la Legación con la presencia del Ministro señor Acosta, de señoras, señoritas y caballeros de lo más selecto.

En esa misma noche se efectuó otro concierto en el Teatro Nacional, ejecutado por el magnífico violinista argentino Andrés Dalmau, dedicado a la Misión salvadoreña. El artista recibió muchos aplausos de un numeroso público.

En ese propio día visitamos la Corte de Justicia Centroamericana, y muy grato me fué manifestarle nuestra más entusiasta admiración. Los señores Magistrados nos obsequiaron galantemente, y nos prodigaron frases del mayor afecto; brindándose por los prestigios del alto Tribunal y por la paz y la buena armonía entre los pueblos hermanos y sus Gobiernos.

Es muy conocida la afición que desde hace tiempo han tenido los costarricenses por los deportes: el polo, el base-ball, el foot-ball y otros más han sido favoritos de ellos.

A la Misión salvadoreña le fueron dedicadas unas carreras de caballos, que se llevaron a cabo en el pintoresco lugar de la Sabana, y también una partida de foot-ball, la que como aquéllas, tuvo verificativo en el propio lugar, ante una concurrencia de todas las clases sociales. Como un recuerdo fueron otorgadas

por mí a los vencedores medallas conmemorativas.

Mención especial merece el banquete con que el señor Presbítero Valentín Nalio, Encargado de Negocios de la Santa Sede, nos obsequió en su residencia de Mata Redonda, como una muestra de cariño, según su manifestación, a la República de El Salvador.

La proverbial cortesanía española tuvo también su número en los múltiples agasajos tributados a la Representación Diplomática de El Salvador, el que se halla unido con la Madre Patria por vínculos indestructibles.

La culta y simpática agrupación llamada Centro Español, dió una expléndida fiesta en honor nuestro; y según el decir de la prensa diaria de la capital, fué una de las más hermosas y más brillantes, que desde hacía tiempo había presenciado la sociedad josefina.

En aquella inolvidable reunión, las señoras y señoritas que se entregaban al baile, lucían mantones de Manila de riquísima seda; apareciendo todas, que eran muy bellas y elegantes, como si fueran verdaderas madrileñas.

Era mi novia una señorita de la sociedad de San José; y los señores don Federico A. Tinoco y doña María Fernández de Tinoco, dama culta y de distinción, amigos de la familia de ella, dispusieron en obsequio nuestro, una fiesta social de origen inglés, llamada

«lluvia de lino». La fiesta se verificó: fué espléndida y de lo más precioso que he visto. En ella cada una de las amigas de la festejada le ofreció un regalo, consistente en un objeto de lino bordado por la obsequiante o por alguna persona de su familia. La casa estaba adornada con profusión de flores, y en el centro del salón pendía un grande y artistico botón de rosa, el que contenía en su interior los regalos y muchos pétalos de rosas.

Los concurrentes se pusieron de pie, y la novia se colocó debajo del botón de rosa. En un momento oportuno se abrió el botón, y como una lluvia, cayeron sobre ella el lino y los pétalos.

Hubo gran concurrencia, galantemente atendida y obsequiada por los dueños de la casa. Asistieron el Presidente de la República y su familia, el Gabinete de Gobierno y sus familias, el Cuerpo Diplomático y otras muchas personas.

La capital de Costa Rica posee edificios públicos y de particulares de hermosa arquitectura, que contribuyen a que la ciudad sea bella.

El Teatro Nacional es de un arte exquisito y admirable; sus decoraciones, obra de sobresalientes artistas italianos, lo hacen uno de los más preciados de América.

Entre todos los agasajos cariñosos prodigados a la Misión Especial, que fueron mu-

Teatro Nacional de San José de Costa Rica

chos, ocupó lugar prominente por su esplendor y regia brillantez, el baile obsequiado en ese edificio, por el Presidente González Flores.

La concurrencia era formada por elementos de valía de la sociedad josefina y otras ciudades de la República.

El salón principal, convenientemente arreglado en el lunetario, estaba adornado con guirnaldas y canastillas de flores; destacándose entrelazadas las banderas de El Salvador y Costa Rica, coronadas con los escudos de armas de las dos naciones.

El baile empezó con un desfile de honor, que presidió el Presidente de la República; y al concluirse dicho desfile, la orquesta ejecutó los Himnos Nacionales salvadoreño y costarricense.

Suntuosa fué aquella fiesta, dispuesta en homenaje al pueblo salvadoreño, por el Gobernante de aquella nacion amiga.

Por la belleza femenina reunida en aquel salón, apenas podrá otro país reunir en tal número tantas mujeres hermosas y agraciadas, y presentar un conjunto tan esplendoroso, como el de aquella noche de luces, poesía y encanto!

Se demostraba el cariño sincero y espontáneo que el pueblo de Costa Rica profesa al pueblo salvadoreño, en correspondencia del que éste siente por la República hermana.

Teatro Nacional.—Escalera.—San José de Costa Rica.

Unidos se hallaban los dos países por el corazón, y formados seguramente con homogeneidad de sentimientos y de aspiraciones, el alma salvadoreña y el alma costarricense se confundían en las idealidades del progreso, de la cultura y de la libertad.

Y si algunas veces se han presentado algunos resentimientos pasajeros en su vida de afectos, han sido como ligeras nubes en un límpido cielo.

III

El señor Acosta llegó a la Presidencia de la República, en ocasión en que sus conciudadanos se encontraban sumamente divididos por asuntos políticos; pero él con buen tino y sus bondadosos sentimientos, supo mantener entre ellos la concordia y la calma, y que vivieran tranquilos, entregados a sus faenas.

Fué su Ministro de Relaciones Exteriores don Alejandro Alvarado Quirós, de reconocida competencia; en seguida el inteligente joven don José Andrés Coronado, y últimamente, don Miguel Obregón L., cuya gran modestia va a la par de sus indiscutibles méritos.

Por la organización de sus instituciones y su vida republicana, Costa Rica ha merecido muchos elogios, y no cabe duda que puede ostentar a este respecto, un grado muy elevado de civismo y cultura, que le da puesto de prefe-

rencia entre las naciones ibéricas del continente.

La prensa guarda un profundo respeto al hogar y a la vida privada; y así esa preciada libertad cumple su misión altísima con el beneplácito de todos.

Las elecciones presidenciales son allá un torneo cívico de lo más interesante.

Dos veces he presenciado esas elecciones; y en las dos ha sido candidato triunfante don Ricardo Jiménez, hombre pùblico muy prestigiado y amante de su patria.

La primera vez era candidato de oposición al señor Jiménez, don Rafael Iglesias, notable orador, que ya había desempeñado la Presidencia; distinguiéndose como hombre de acción y progresista; y la segunda vez, era uno de los candidatos rivales del mismo señor Jiménez, don Alberto Echandi, muy versado en materias financieras.

En las dos ocasiones ha tomado parte en la lucha eleccionaria gran número de los costarricenses; interesándose los ciudadanos en ella vivamente: aunque en Costa Rica, según el decir del señor González Víquez, en un reportaje publicado en un diario de la capital, «no es el pueblo el que elige, sino unos pocos». Esto mismo noté que acaece en la República de Chile.

Como los argentinos, son muy amantes de su nacionalidad los costarricenses: un culto fer-

viente profesan a su patria. Como aquéllos son también afectos a la intelectualidad: sus hombres de ciencia, poetas y artistas son dignos representativos. Les guardan a éstos las mayores consideraciones, y se ufanan de tenérseles como personalidades merecedoras de todo aprecio. Los maestros y profesores tienen asegurado el respeto y cariño de la juventud.

Y ese amor que ellos experimentan por su país, lo trasmiten a los extranjeros que llegan a avecindarse, y quienes pronto se posesionan de igual cariño hacia aquella tierra.

El Asilo Chapuí, establecido para la asistencia de los que han sufrido alguna alteración mental, y la institución Carit, que tiene por objeto el mantenimiento de una Casa de maternidad y la distribución de lotes de terreno a los pobres, para la edificación de sus viviendas, son una prueba evidente.

El Padre Chapuí dejó en beneficio público la Sabana, que es un extenso «llano siempre verde», situado en un extremo de la capital, en donde se ha formado un paseo y construido un Estadío, y además, fondos para la edificación del expresado Asilo, que lleva su nombre. Este es por lo artístico y su limpieza un precioso establecimiento, y por los positivos servicios que presta a la humanidad, un Centro de mucha importancia.

La fundación Carit se debe al doctor de ese apellido, que llegado de Francia, hizo su segunda patria de Costa Rica.

También está la institución Barroeta, fundada por un español, que dejó una cuantiosa herencia, para que fuese empleada la renta en la educación de los parientes de sus dos esposas, que fueron señoras costarricenses; y existen otros donativos más, hechos por extranjeros que han tenido su residencia habitual en aqueila República.

IV

El interés que los costarricenses han demostrado por la conservación de la paz, no les ha impedido estar dispuestos a mantener los derechos que a su patria le corresponden como nación soberana y libre.

Si la historia no presentara otros ejemplos que demuestran este aserto, bastaría para probarlo sus esfuerzos en defensa de Centro-América, cuando las invaciones de Walker: Santa Rosa, Rivas, San Juan y otros lugares que se han hecho célebres, atestiguan hasta donde están dispuestos a llegar en vindicación de esos derechos, y lo proclaman muy alto el monumento levantado en el parque Nacional de la capital, en recuerdo de aquellas memorables campañas, y la estatua erigida en Alajuela al heróico soldado Juan Santamaría.

Monumento Nacional.—San José Costa Rica.

Prócer de la América Central es el ex-Presidente de Costa Rica Juan Rafael Mora.

Su espontaneidad y constancia; su abnegación y la eficacia de sus actos, en favor de la causa centroamericana, en aquella época de la vida nacional, hacen que merezca con justicia el título de Libertador. Fué el primero en ir a combatir a los invasores.

El Salvador y los otros Estados centroamericanos enviaron importantes contingentes; pero al ex-Presidente Mora, a su hermano el General José Joaquin Mora y al General José María Cañas (estos dos también héroes), quienes mandaban el Ejército costarricense, debe principalmente Centro América su triunfo contra el filibusterismo: así lo reconocen los historiadores de aquellos sucesos.

Uno de éstos ha dicho, que la proclama de Mora debiera ser conocida de la posteridad; y por esa razón, la reproduzco en seguida:

«COMPATRIOTAS:

¡A las armas!—Ha llegado el momento que os anuncié—Marchemos a Nicaragua a destruir esa falanje impía, que la ha reducido a la más oprobiosa esclavitud. Marchemos a combatir por la libertad de nuestros hermanos.

Ellos os llaman, ellos os esperan para alzarse contra sus tiranos.—Su causa es nuestra causa.—Los que hoy los vilipendian, roban

y asesinan, nos desafían audazmente e intentan arrojar sobre nosotros las mismas ensangrentadas cadenas—Corramos a romper las de nuestros hermanos y a esterminar hasta el último de sus verdugos.

No vamos a lidiar por un pedazo de tierra: no por adquirir efímeros poderes: no por alcanzar misérrimas conquistas, ni mucho menos por sacrílegos partidos—Nó,—vamos a luchar por redimir a nuestros hermanos todos de la más inícua tiranía: vamos a ayudarles en la obra fecunda de su regeneración, vamos a decirles—Hermanos de Nicaragua levantaos: aniquilad a vuestros opresores—Aquí venimos a pelear a vuestro lado, por vuestra libertad, por vuestra patria—Unión, nicaragüenses, unión—Inmolad para siempre vuestro encono.—No más partidos, no más discordias fraticidas—Paz, justicia y libertad para todos —Guerra a los filibusteros.

A la lid, pues, costarricenses—Yo marcho al frente del Ejército nacional—Yo que me regocijo al ver hoy vuestro noble entusiasmo, que me enorgullezco al llamaros mis hijos, quiero compartir siempre con vosotros el peligro y la gloria.

Vuestras madres, esposas, hermanas é hijos os animan—Sus patrióticas virtudes os harán invencibles—A pelear por la salvación de vuestros hermanos, combatiremos también por

Juan Rafael Mora (Costa Rica.)

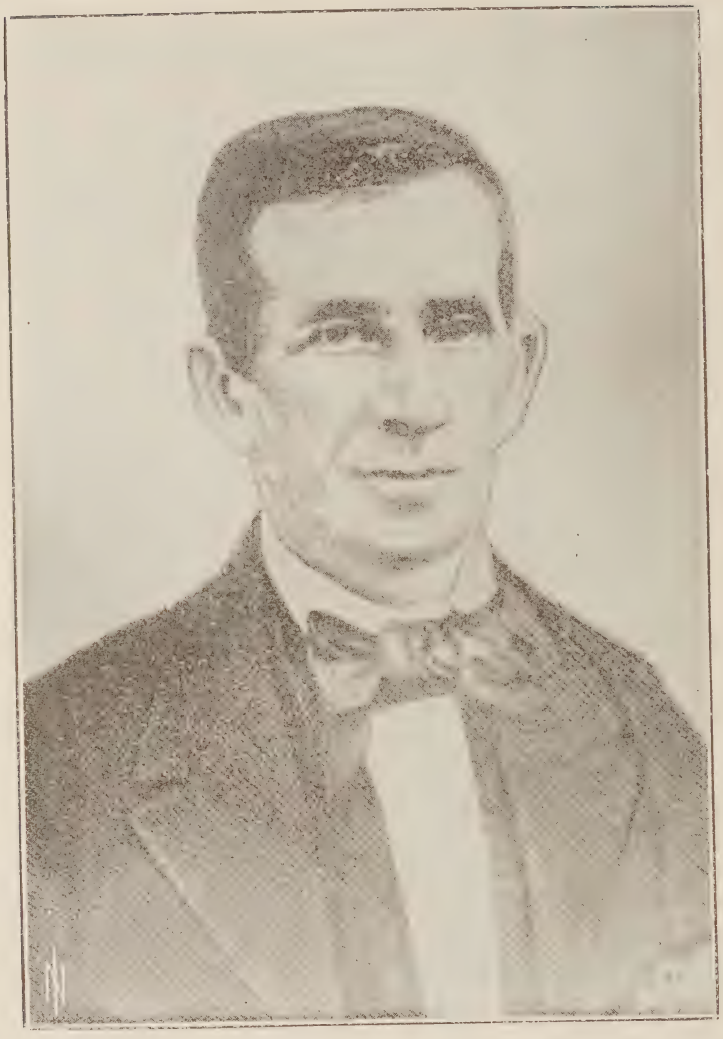
ellas, por su honor, por su existencia, por nuestra patria idolatrada, y la independencia hispanoamericana.

Todos los leales hijos de Guatemala, El Salvador y Honduras marchan sobre esa horda de bandidos—Nuestra causa es santa, el triunfo seguro—Dios nos dará la victoria, y con ella la paz, la concordia, la libertad y la unión de la gran familia centroamericana—Juan R. Mora.—San José, 1o. de Marzo de 1856».

El General Cañas fué un militar experimentado. En su juventud sirvió a las órdenes de Morazán hasta obtener el grado de Coronel, y según el decir de uno de los citados historiadores, por hábito o por bondad, compartía con el soldado los peligros y las penalidades.

Su primer ayudante general Víctor Guardia, dijo: «que el General Cañas ha sido uno de los hombres más afables y bondadosos que ha conocido, a la vez que valiente, enérgico y excelente militar, y agregó: que, cuando por ausencia de los señores Moras, tomó el mando del Ejército, nunca como entonces, mostró su grandeza de alma y la bondad de su corazón. Todos lo adorábamos, y con justicia, pues fué un verdadero padre de los soldados en aquellos días aciagos».

Esa bondad de corazón y nobleza de sentimientos, no impidieron nunca a José María Cañas ser un hombre de carácter; así como



José María Cañas (Costa Rica)

tampoco le impidieron serlo, según hemos visto, a Abraham Lincoln, ni al Mariscal Sucre, vencedor de Ayacucho.

La magnanimidad es la virtud de los héroes: así se expresaba el poeta heleno.

Por sus cuidados para con la tropa y su suavidad, fué Cañas el Jefe más querido.

Por eso a su voz se enardecían sus soldados, y surgía en ellos el sentimiento del heroísmo.

Un escritor cita un testigo presencial, el que menciona el hecho siguiente:

En la acción de armas de Rivas, los costarricenses se empeñaban en desalojar a los filibusteros de un edificio muy grande, llamado el Mesón de Guerra, por el apellido de su dueño, situado en la línea occidental de la plaza; y no siendo posible verificarlo por la fuerza, en pleno combate, el General Cañas exclamó: ¡Muchachos! ¿No habrá entre tantos valientes alguno que quiera arriesgar la vida, incendiando el Mesón, por salvar a sus compatriotas? Y el soldado Juan Santamaría contestó en el acto: ¡Yo iré!, pero les encargo que no se olviden de mi madre. Acto contínuo, con la improvisada tea en la mano derecha, partió a la carrera y la aplicó en el alero del ángulo Suroeste del Mesón; y habiendo sido herido en la mano derecha, tomó la tea con la mano izquierda hasta que atravesado de un

Juan Santamaría, Alajuela (Costa Rica.)

brazo, cayó en tierra, mirando al cielo, con el convencimiento de que su obra se había consumado».

Montúfar afirma: «que el General Cañas fué entre todos el que más trabajó en la campaña».

Por su pericia militar reconocida, en lo que superaba a los otros Jefes, ha tenido que ser en cuanto a los planes de campaña y a su desarrollo en los campos de operaciones, valiosísima su cooperación en el éxito alcanzado.

Y es también gloria de El Salvador el General Cañas y el triunfo a que contribuyó tan grandemente, pues vió la luz primera en esta República. La Enciclopedia Espasa, editada en Barcelona, asegura que el General Cañas nació en Sonsonate, lo que confirma el hijo de éste, don Rafael Cañas, que reside en la capital costarricense.

Puede decirse que el espíritu de El Salvador y el de Costa Rica, en íntimo consorcio, alentaron al glorioso Ejército de Mora y Cañas, para la salvación de Centro América.

Después de la victoria, el Presidente Mora y su hermano el General José Joaquín Mora volvieron a su país, y ellos así como sus valientes compañeros, recibieron en San José en el día de su entrada triunfal, una ovación, que fué extraordinaria y muy merecida.

El General Cañas que había tomado afecto

a Nicaragua, se quedó por algún tiempo, trabajando con empeño por la reconciliación de la familia nicaragüense: trabajos muy compatibles con los generosos sentimientos de quien si era valeroso y esforzado en la guerra, era en la paz deseoso de la cordialidad.

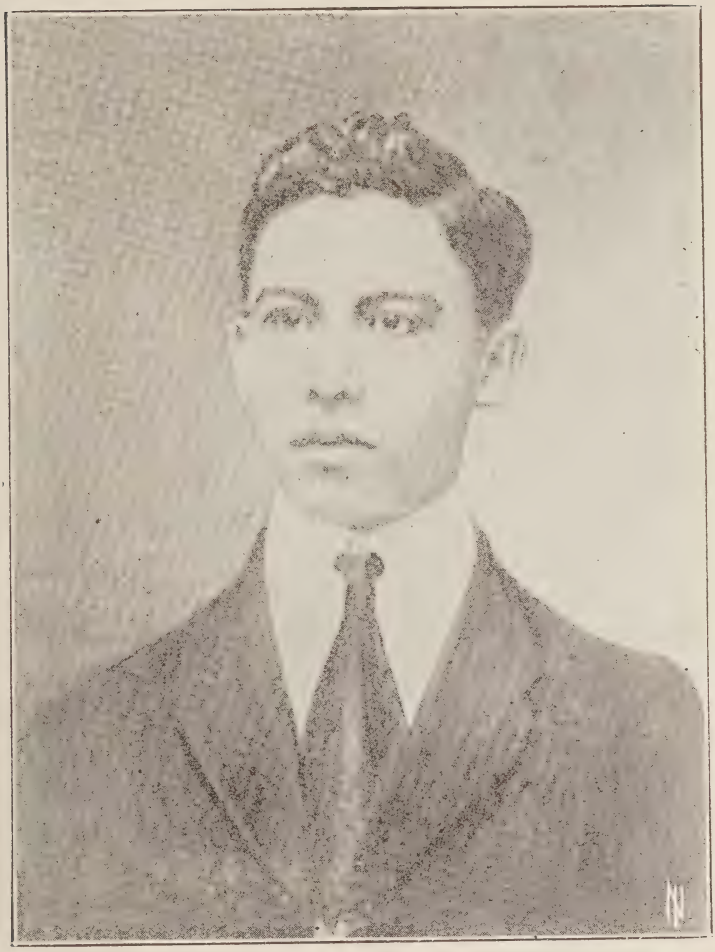
Cuando iba a regresar a Costa Rica, el pueblo y el Gobierno dispusieron en su honor, como lo habían hecho con los otros vencedores, un espléndido recibimiento; pero él que era modesto y sencillo, eludió esos agasajos, y apareció en su hogar sin atavíos ni entorchados, y sin dar tiempo ni oportunidad para que se le presentaran palmas y arcos triunfales.

V

MARCELINO GARCÍA FLAMENCO

Sentimientos de simpatía y gratitud, y hasta de admiración, ha merecido del pueblo de Costa Rica Marcelino García Flamenco, obrero del progreso intelectual de estos países, modesto, laborioso y aun brillante en su afán por servir la causa de la libertad y de la civilización humana.

La Municipalidad de San José ha bautizado con el nombre de este maestro de escuela una de las plazas públicas de esta simpática y bella ciudad, y el Gobierno de la Nación ha dispuesto que los restos de ese ejemplar ciudadano sean colocados en el mausoleo donde se guar-



Marcelino García Flamenco

dan los despojos mortales de otros preclaros varones costarricenses, y que la gratitud nacional ha levantado.

Motivo tan patriótico y noble, nos ha sugerido la idea de consignar en estas líneas algunos rasgos biográficos de García Flamenco; habiéndonos suministrado los principales datos la madre adoptiva de éste, doña Guadalupe Flamenco de Martínez, que tiene su residencia en El Salvador.

Allá por el año de 1880 llegó a la cabecera del distrito de Tejutla, que lleva el mismo nombre de éste, en el departamento de Chalatenango, de la República de El Salvador, el Abogado don Marcelino García, oriundo del departamento de San Vicente, de la propia República, a desempeñar el empleo de Juez de Primera Instancia. Por aquel entonces se había avecindado también en aquella población, una honrada familia de apellido Flamenco, procedente de la ciudad de Suchitoto.

Como quiera que había pocas familias de sociedad en aquel lugar, con quienes relacionarse, el Juez de Primera Instancia cultivó una amistad afectuosa con la familia Flamenco, de recomendables cualidades morales, y pronto unió su destino por medio del matrimonio, con la señorita Rafaela de aquel apellido.

Modelo de virtudes fué el nuevo hogar; y nacieron de ese matrimonio en Tejutla tres hi-

jos: María Avelina y León Marcial, que murieron en la infancia, y Refugio Laura, con quien sus padres se trasladaron a la población de San Esteban, en el departamento mencionado de San Vicente, de donde era originario, como ya hemos dicho, don Marcelino García padre. (*)

Es la población de San Esteban muy pintoresca, y ocupa una altura de las montañas cuscatlecas. Su clima es suave y delicioso, y está rodeado de bosques. Sus moradores se dedican especialmente al cultivo de la caña de azúcar, y es de verse el movimiento y la alegría con que los hombres y aun las mujeres hacen el trabajo, al compás del ruido alentador de los trapiches, que movidos por apasibles y bondadosos bueyes, hacen competencia en unión de otros numerosos del resto del país, a los grandes ingenios que hay establecidos en la República.

En aquel pueblo de San Esteban vió la luz primera Marcelino, que fué el cuarto hijo del matrimonio García Flamenco, en el día 15 de septiembre de 1888, aniversario de la Independencia nacional, cinco meses después de haber fallecido su padre, y en aquel lugar, en que reina la calma y tiene bellas perspectivas, y con el recuerdo perenne de la emancipación

---

(*) De ese niño León Marcial fué madrina doña Guadalupe Flamenco de Martínez, según afirma ella.

de Centro América, probablemente aprendió a amar la libertad y el derecho. (*)

Doña Rafaela Flamenco de García, ya viuda, retornó, acompañada de sus hijos Refugio Laura y Marcelino, en la infancia ambos, a Tejutla, al lado de sus familiares, en el año de 1892; buscando el consuelo de la compañía de éstos, en su tristeza y su profundo pesar.

Allí pasó los años de su infancia García Flamenco; después fué llevado a Suchitoto a efectuar sus estudios primarios, y enseguida entró como alumno en el colegio que en San Salvador dirigía don Agustín Tenorio.

Cuando en 1900 emprendía García Flamenco, con ahínco y entusiasmo, sus estudios, fué atacado de grave dolencia: la fiebre amarilla le hizo presa en aquella capital. Su buena madre llegó de Tejutla a asistir a su hijo querido, hasta lograr rescatarlo de las garras de la muerte, que había pretendido arrebatarle aquel preciado tesoro de su corazón.

¡Pero cosa del destino inexorable! La madre de García Flamenco, cuando regresaba al lugar de su domicilio, dejando ya salvo y sano a su hijo, fué atacada en el camino, a su vez, de fiebre amarilla, de una manera tan terrible, que, no siendo posible salvarla, falleció por consecuencia de ella, dejando a aquél y a su hermana Refugio Laura, inconsolables en su orfandad.

Desde entonces, una hermana de su madre, llamada Guadalupe Flamenco, prodigó los cuidados de una madre verdadera a sus sobrinos huérfanos, interesándose por la educación de éstos.

En 1902 doña Guadalupe obtuvo una beca para Marcelino en la Escuela Normal de Varones de San Salvador, fundada y sostenida por el Gobierno, y dirigida por el notable educacionista colombiano don Francisco A. Gamboa. Para poder permanecer Marcelino en la Escuela Normal, recibía los auxilios de su madre adoptiva doña Guadalupe Flamenco y de su hermana Refugio Laura, que aunque de corta edad, servía una escuela de niñas en Tejutla.

Alumno distinguido fué García Flamenco por su comportamiento y dedicación al estudio, y se granjeó el aprecio y consideraciones del Director y de los profesores de la Escuela, así como la estimación de sus condiscípulos.

Salido de las aulas, comenzó en 1906 a a ejercer el profesorado, actuando como Auxiliar en una Escuela de varones de la ciudad de Zacatecoluca, en el departamento de La Paz; y en el año siguiente se trasladó a la capital, a trabajar en algunos colegios.

Allí permaneció un poco de tiempo, y como era amante de conocimientos, y tenía un espíritu lleno de ilusiones, dispuso conocer otros países, principalmente los centroamericanos, y

salió de aquella ciudad rumbo a Honduras; y habiendo llegado a Tegucigalpa, desempeñó en aquella capital un empleo público en el profesorado, y se dedicó a dar clases a domicilio, sobre enseñanza primaria.

Después emprendió su marcha hacia Costa Rica, en busca de un ambiente propicio para su noble y sublime vocación: el Magisterio.

Desde niño dió muestras de tener esa vocación por la enseñanza.

Cuando llegaba a vacaciones a Tejutla, reunía en su casa a varios niños del pueblo; jugaba con ellos casi siempre de escuela, y les enseñaba lo que él había aprendido.

Fué amoroso con su madre, y también lo era con su madre adoptiva y con su hermana; y aunque no conoció a su padre, guardó siempre mucho aprecio y amor para su memoria. Tenía un retrato de éste, que siendo niño lo besaba, y siendo hombre lo llevaba consigo.

Era poco comunicativo; pero en sus relaciones amistosas muy afable y sincero. Con todos fué respetuoso y a su vez considerado y respetado

De carácter digno, fué su norma el cumplimiento del deber y la tranquilidad de su conciencia. Tuvo siempre nobles aspiraciones.

Sólo en una ocasión le castigó su madre.

Esta le había dado una moneda de plata y otro niño amigo suyo le quitó la moneda.

Marcelino se la reclamó, y el niño se negó a devolvérsela, y huyó. Marcelino lo persiguió, y en la carrera el niño cayó al suelo. La madre llegó a restablecer la paz entre los contendientes; pero Marcelino insistió en reclamar su moneda; más persistiendo el niño en su negativa, aquél se hizo justicia por sí mismo, dándole un golpe. Por ese motivo, la madre castigó a Marcelino, quien lloró y se encerró en un cuarto de la casa. Con la intervención de la madre, la moneda le fué devuelta a Marcelino, y éste salió entonces del escondite en que se encontraba.

En su físico, Marcelino era de porte elegante, alto y bien formado; sus ojos eran amarillos, y en su mirada se reflejaba el hombre de acrisolada honradez.

No son principal condición las altas dotes intelectuales, ni se necesitan los fastuosos elementos que tiene en sus manos el hombre poderoso, para hacerse acreedor a la estimación de los contemporáneos y a las alabanzas de la historia: basta ser hombre de carácter y poseedor de sentimientos de elevado y generoso altruismo; basta ser honrado, y perseguir el bien en labor constante.

García Flamenco es un ejemplo viviente de lo que puede la fuerza de la voluntad en la práctica de las buenas acciones.

Los datos que hemos expuesto son al-

gunos rasgos salientes de la vida del salvadoreño García Flamenco. Ahora, en cuanto a su vida como costarricense, en Costa Rica, en esta tierra de nuestra predilección y de nuestro cariño, lo han de saber los costarricenses, puesto que se afanan en reverenciar y venerar tanto su grata memoria, y al decir de ellos, su glorioso recuerdo . . . . !

San José, Costa Rica, agosto de 1923.

(*) En los libros de partidas de nacimientos llevados por la Alcaldía Municipal de San Esteban, departamento de San Vicente, en El Salvador, se encuentra la que aparece en la certificación que se copia en seguida:

«Toribio Luis Munguía, Alcalde Municipal de esta villa»,

«Certifica: que en el libro de nacimientos que esta oficina llevó el año de 1888, se encuentra la partida que literalmente dice: Alcaldía Municipal: San Esteban, a las siete de la mañana del día treinta de septiembre de mil ochocientos ochenta y ocho. Se expidió boleto para el bautismo de Marcelino, que nació el quince de este mes, hijo legítimo del doctor Marcelino García y de Rafaela Flamenco; madrina Paula Díaz de Garcia. Ladinos de este domicilio: enmendado: Díaz: vale: Salomé Rivera. Jorge Salazar, Srio.—Rubricadas».

«Es conforme con su original: Alcaldía Municipal: San Esteban, a las ocho horas del día

veintiocho de noviembre de mil novecientos veinticinco.—Toribio L. Munguía. Ante mí Francisco Orantes, Secretario». Hay un sello de la Alcaldía Municipal.

«El Infrascrito Gobernador Político de este Departamento,

«Certifica: que las firmas que cubren la anterior certificación de la partida de nacimiento de Marcelino García Flamenco, y que dicen: Toribio L. Munguía y Francisco Orantes son del Alcalde y Secretario de la villa de San Esteban y auténticas, por haber sido puestas de su puño y letra».

«Gobernación Política del Departamento: San Vicente, a las nueve horas del día tres de diciembre de mil novecientos veinticinco. Antonio Alvarez V.—José B. Merino, Secretario».

«No. 129. El Subsecretario de Estado en el Despacho de Gobernación»,

«Certifica: que son auténticas las firmas del señor Gobernador Político del Departamento de San Vicente y de su Secretario que, respectivamente, dicen: Antonio Alvarez V. y José B. Merino». Hay un sello de la Gobernación.

«Palacio Nacional: San Salvador, 7 de diciembre de 1925. Marcos A. Letona». Hay un sello del Ministerio de Gobernación.

«158. Visto en esta Secretaría de Estado para la legalización de la firma anterior del Sub-

secretario de Gobernación que dice: Marcos A. Letona, y que es auténtica».

«Palacio Nacional: San Salvador, a 11 de diciembre de 1925. El Subsecretario. A. R. Avila». Hay un sello del Ministerio de Relaciones Exteriores.

VI

NEUTRALIDAD BENÉVOLA Y LA DIPLOMACIA NUEVA

1

Me encontraba en San José de Costa Rica, cuando recibí una publicación, en que se criticaba desfavorablemente que hubiese sido llamada *neutralidad benévola*, la que guardó El Salvador, respecto de Estados Unidos, en la guerra de esta nación con Alemania.

En esa publicación, aunque con una voluntad no muy buena, se considera que dicho calificativo fué inventado por la Cancillería de mi cargo, pues en ese tiempo desempeñaba yo el Ministerio de Relaciones Exteriores.

La Secretaría de Estado salvadoreña dijo al Departamento de Estado americano, en contestación a su circular en que comunicó hallarse en guerra con el Imperio alemán, que El Salvador guardaría su neutralidad; agregando: que esa neutralidad no le impedía

hacer presente la simpatía del pueblo y Gobierno salvadoreños hacia el pueblo y Gobierno de Estados Unidos.

Es esto tan conforme con los principios del Derecho Internacional y con la soberanía de los pueblos, que el estadista don Baltazar Brun, que entonces era Ministro de Relaciones Exteriores de la República del Uruguay, en nota del 14 de abril de mil novecientos diecisiete, con posterioridad a la del Gobierno de El Salvador, de que he hecho referencia, al acusar recibo de la nota de la Legación americana en Montevideo, en la que ésta le comunicaba la expresada declaratoria de guerra de Estados Unidos contra el Gobierno de Alemania, consignó lo que sigue: «El Uruguay que no ha reconocido el derecho de hacer la guerra submarina sin restricciones, por considerar que atenta contra principios de justicia internacional, viola derechos indiscutibles de los neutrales y agravia a la humanidad, no puede dejar de reconocer ahora que la decisión del Gobierno de Wáshington responde a la situación que le ha creado aquella forma de hacer la guerra por parte de uno de los beligerantes».

«Cuando el Gobierno del Imperio alemán anunció su propósito de llevar a cabo, sin restricciones, la guerra submarina, los países americanos, y entre ellos el Uruguay, procediendo por separado, protestaron contra tal resolu-

ción, reservándose la facultad de adoptar, llegado el caso de producirse un acto de agresión a sus respectivos derechos, las medidas que considerasen justas».

«No habiéndose producido hasta ahora este caso con mi país, éste ha resuelto mantener su neutralidad, aun cuando reconoce, como ya lo ha expresado, la justicia de la actitud de los Estados Unidos de América y le expresa, con tal motivo, su simpatía y su solidaridad moral».

Es verdad también que con fecha 3 de octubre del mismo año de mil novecientos diecisiete, en contestación a una consulta de la Legación americana en San Salvador, manifestó la Cancillería salvadoreña, que había expresado a Estados Unidos que observaría, respecto de ella, con motivo de la guerra mundial, una *neutralidad benévola* o amistosa; es decir, una neutralidad con sentimientos de simpatía para con el pueblo y Gobierno americanos.

El internacionalista uruguayo no llamó *benévola* ni amistosa a la neutralidad que su Gobierno guardaba; pero esto no establece ninguna diferencia en el Derecho.

Aunque se me quiere conceptuar como el inventor de esa frase, no me envanezco ni me resiento de tal cosa; porque muy bien sé lo que todo el mundo sabe: que no hay nada nuevo bajo el sol.

De acuerdo con el calificativo que le dió la

Cancillería a la neutralidad de El Salvador, están los párrafos siguientes de un personaje europeo.

El ex-Presidente de Francia, Raimundo Poincaré, después de haber ejercido la Jefatura Suprema de aquella República, colabora asiduamente en La Nación de Buenos Aires, y de uno de sus interesantísimos artículos es lo que sigue:

«Entre los reproches que el señor Blasco Ibáñez dirige al Rey, hay uno cuya injusticia puedo apreciar mejor que nadie, y que por lo demás, no atañe a la política interior de nuestros vecinos. El ilustre novelista acusa a Alfonso XIII de haber engañado a Francia sobre sus verdaderos sentimientos; de haberse presentado a nuestros ojos como francófilo y de haber sido en realidad favorable a los Imperios centrales. Si fuese así, sería en verdad preciso que todos los Gobiernos franceses que se sucedieron durante la guerra hayan estado bien ciegos; porque todos sin excepción, han agradecido muchas veces al Rey de España sus intervenciones tan eficaces en favor de los prisioneros franceses y de los habitantes de las regiones invadidas. En la acción incesante del Rey había algo más que filantropía y caridad: se le veía inspirado por una verdadera simpatía hacia nuestro país».

« Cierto que España era neutral, que quería seguir siéndolo y que esa neutralidad no permitía al Rey pronunciarse en nuestro favor. Pero nos había advertido que en ningún caso tendríamos

que temer una actitud de hostilidad. A la declaración de guerra, el Embajador de España en París, señor Quiñónez de León, informaba de esta resolución al Gobierno de la República; afirmándonos que podíamos disponer de las dos divisiones apostadas al pie de los Pirineos. ¿Diré inclusive que esta gestión no venía sino a confirmar seguridades anteriores? Unos meses antes, en Cartagena, en una entrevista que tuvimos con el Conde de Romanones y M. Stephen Pichón, Ministros a la sazón de los dos países, el Rey nos había declarado espontáneamente: Si alguna vez Francia se viese atacada por Alemania y forzada a defender su territorio, yo doy mi palabra que España no movilizará, y que podrían ustedes enviar inmediatamente sus tropas del Sudoeste a la frontera del Este».

«Francia no pedía más a España. Entre los dos países no existía ningún tratado de alianza, y era mucho para nosotros poder desguarnecer completamente, en caso necesario, la frontera de los Pirineos y no tener que temer ninguna sorpresa por ese lado durante toda la guerra».

«Demasiado sé que Alemania aprovechó los acontecimientos para establecer en España servicios de propaganda y de espionaje, para comprar ciertos periódicos, para trabajar secretamente los medios comunistas y anarquistas, y también para tratar de ejercer presión sobre

el Rey y sobre el pueblo, diezmando la flota mercante española con numerosos torpedos. Pero en momento alguno el Rey se apartó de la línea de conducta que se había impuesto, *ni de la neutralidad benévola que nos había prometido.* »

El señor Poincaré, aunque varios años después que la Cancillería salvadoreña, según lo inserto, ha calificado *de benévola* la situación en que estuvo colocada España en la guerra mundial, respecto de Francia, y ninguna opinión más autorizada que ésta pudiera citarse en favor de la mencionada Cancillería, al apreciar del modo dicho su estado de neutralidad.

2

También se ha criticado que cuando Estados Unidos interrogó al Gobierno de El Salvador si podría usar las aguas salvadoreñas para objetos navales, lo mismo que para buques mercantes armados, se le haya contestado afirmativamente por la Cancillería salvadoreña; siendo neutral esta República.

El Panamericanismo es un sentimiento de solidaridad existente en los países de este hemisferio.

Fué el Libertador Bolívar quien primero lo concibió y comprendió; porque él fué el iniciador de las conferencias americanas, con su convocatoria al Congreso Internacional de Panamá.

Si España, que no está ligada por sentimientos de solidaridad, ni tenía tratados de alianza con Francia, le dijo a ésta siendo neutral, que podía disponer en su favor de las dos divisiones apostadas en los Pirineos; bien hicimos nosotros, al proceder de modo que nuestra solidaridad en semejantes circunstancias con Estados Unidos se trasluciera en hechos tangibles, como debemos hacerlo respecto de cualquiera otra nación americana que en defensa de sus derechos, se halle en guerra con algún país de otros continentes.

Antes o después que nosotros, el Gobierno uruguayo, a quien se le había hecho la misma consulta, respondió de igual manera que nosotros.

En la memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay, de aquel tiempo, se inserta una nota del Secretario de Estado de Estados Unidos, señor Lansing, que dice esto: «Tengo el honor de acusar recibo de su nota de 17 de junio, por la cual me informa que el Senado del Uruguay ha aprobado unánimemente el propósito de su Gobierno de no tratar como beligerantes a los buques americanos que entren a puertos uruguayos, y que, en consecuencia, los buques de la Escuadra americana que visiten los puertos del Uruguay serán tratados como amigos y no como beligerantes».

«Con alto aprecio por el acto amistoso de su

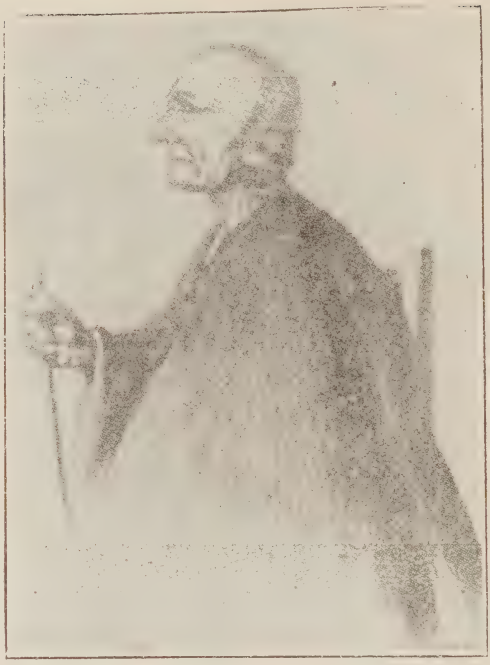
Gobierno, por el cual le ruego que comunique, por medio de sus corteses buenos oficios, el agradecimiento del pùeblo y Gobierno de Estados Unidos».

Todo esto lo hacía la República Oriental antes de que cortara sus relaciones con el Imperio alemán.

Como se vé El Salvador y el Uruguay impulsados por los mismos sentimientos, procedían de idéntica manera en los asuntos referentes a la guerra de Estados Unidos y Alemania, y es porque quizá tienen mucha semejanza en su idiosincracia y sus ideales. Los dos son pueblos valientes, laboriosos y amantes de la libertad: ambos han tenido que pasar por un período de revoluciones acaso necesarias para la consolidación de su vida republicana y sus derechos, y marchan ahora por los senderos de la paz en las conquistas del progreso humano.

Ningún absurdo puede resultar del proceder del Gobierno de El Salvador ni de los actos del Gobierno uruguayo, como se ha pretendido: podrá haber, convengo en ello, una modificación de la neutralidad; pero lo que hemos referido, son los hechos históricos que se han efectuado.

Por lo mismo muy complacido me sentía cuando desempeñaba en El Salvador el Consulado del Uruguay, y contribuía a mantener el prestigio de la simpática y noble patria de Artigas.



José Gervacio Artigas, Libertador del Uruguay.

Zorrilla de San Martín ha escrito los párrafos que a continuación se insertan:

«Esa Repùblica Oriental del Uruguay, cuyo padre Artigas hablaba la misma lengua y sentía el mismo dinamismo heróico que San Martín, Belgrano, Bolívar, O'Higgins y Sucre».

«El fué quien acaudilló, y llevó a término, con el pueblo oriental, esa obra complementaria de la de San Martín y de Bolívar, sus hermanos,

sus pares; fué él quien, con su pueblo, sostuvo, desde el principio, las luchas con las Coronas de España y Portugal, unido a sus hermanos de allende el Plata unas veces, separado otras de ellos en la acción; pero siempre unido en el espíritu y en el propósito final: conservación de ambas márgenes del estuario para las naciones de lengua española que se forjaban en aquella fragua, llena de obscuridades coáticas y de nùcleos cósmicos. En esa lucha vence a España unido a sus hermanos de allende el Plata, y, con éstos, toma posesión de su ciudad natal, Montevideo, en la que queda, por fin, solo, segregado políticamente de aquéllos, aunque no sociológicamente del conjunto de pueblos libres hermanos, de que aquéllos forman parte a su vez».

«Así hubo de quedar cuando los hermanos de allende el Plata se fueron hacia los Andes a unirse a los del Pacífico, y concentrar hacia allá todas sus fuerzas. Para eso y por eso, para concentrar el esfuerzo en el Norte, tramontando la cordillera remota, los pueblos platenses hubieron de abandonar a Artigas, dejando confiada a él, a sus orientales, la misión, casi irrealizable, al parecer, de conservar, para sí mismos, y para la familia de hermanos españoles, la codiciada región entre el Plata y el Atlántico. Con el lleno de esa misión cobra este Estado su definitiva cohesión y su carácter, y su título más claro al amor de América».

3

De lo que tal vez si me ufanaría, en concepto de ex-Ministro de Relaciones Exteriores, y quizá podría llegar hasta reclamar la honra de la invención, para la Presidencia de la República y la Cancillería de aquel tiempo, es de la *Diplomacia Nueva*, de la que hablaba el entonces Secretario de Estado americano señor Willian J. Bryan.

Con motivo del tratado muy conocido, celebrado entre Estados Unidos y Nicaragua—que se hallaba pendiente para su ratificación en el Senado de aquella República—en el que se pactaba la concesión de una base naval en el Golfo de Fonseca, y cuando se tuvo informes de que el referido tratado contenía una cláusula igual a la llamada *Enmienda Platt*, que vendría a establecer el protectorado de Estados Unidos en Nicaragua, lo que afectaría profundamente a El Salvador, y como el Departamento de Estado no diera una contestación categórica y terminante a la protesta de la Cancillería salvadoreña, el Presidente de la República don Carlos Meléndez, de acuerdo en un todo con la Cancillería, se dirigió directamente varias veces al Senador señor Willian E. Borah, Presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores, haciéndole saber la protesta del pueblo salvadoreño, respecto de la aprobación de esas cláusulas; e interesando a

aquel alto funcionario, que había manifestado sus sentimientos en favor de los derechos de los pueblos latinoamericanos, a fin de que no fuesen ratificadas.

El Secretario de Estado señor Bryan, se hallaba en conferencias con la referida Comisión, sobre ese tratado; y supimos de fuente fidedigna, que cuando tuvo conocimiento de los memoriales del Presidente salvadoreño, exclamó: ¡diplomacia nueva la del Presidente de El Salvador!; aludiendo a que se había dirigido éste a la Comisión del Senado directamente.

La censura del señor Bryan era muy conforme con las práticas protocolares; pero en tratándose de los vitales intereses de los pueblos y de su libertad y dignidad, pensamos en aquella ocasión y seguimos creyendo, que no deben atenderse fórmulas ni procedimientos que embaracen el reclamo de nuestros derechos: ésto puede hacerse como sea más conveniente y eficaz.

El Salvador, que conoce las prácticas democráticas predominantes en las instituciones norteamericanas, procedió por medio de su Mandatario, de la manera dicha, y obtuvo resultados satisfactorios.

El Senador Borah habló, y se alcanzó en parte lo que deseaba El Salvador: la *Enmienda Platt* fué desechada, y la Patria centroame-

ricana quedó libre de aquella amenaza contra su soberanía.

La *Diplomacia Nueva* salió victoriosa en aquel intento.

Y no sólo se logró eso, sino que fué justificada de una manera elocuente su práctica entre las naciones.

Algún tiempo después, según me parece recordar, el cable hizo público, que el señor Wilson, Presidente de Estados Unidos, se había dirigido directamente al Reichstag alemán; haciéndole reclamaciones relativas a la paz del mundo.

El Presidente Wilson comprendía muy bien, así como el Presidente salvadoreño, que para las necesidades ingentes de la patria y de la humanidad, no pueden ni deben ser óbice las fórmulas establecidas, y llevó su voz ante el Parlamento de aquel grande Imperio, que había conmovido en sus cimientos las naciones de Europa.

Es muy hermoso en la vida de los pueblos, ver a los gobernantes apelar ante la Representación Nacional de otro país, en demanda de los derechos de sus connacionales y en busca del bien general, cuando los Gobiernos no parecen oír sus peticiones.

El Salvador, con el procedimiento de que he hablado, obtuvo éxito en sus anhelos de libertad y de justicia.

VII

LA JURA DE LA BANDERA

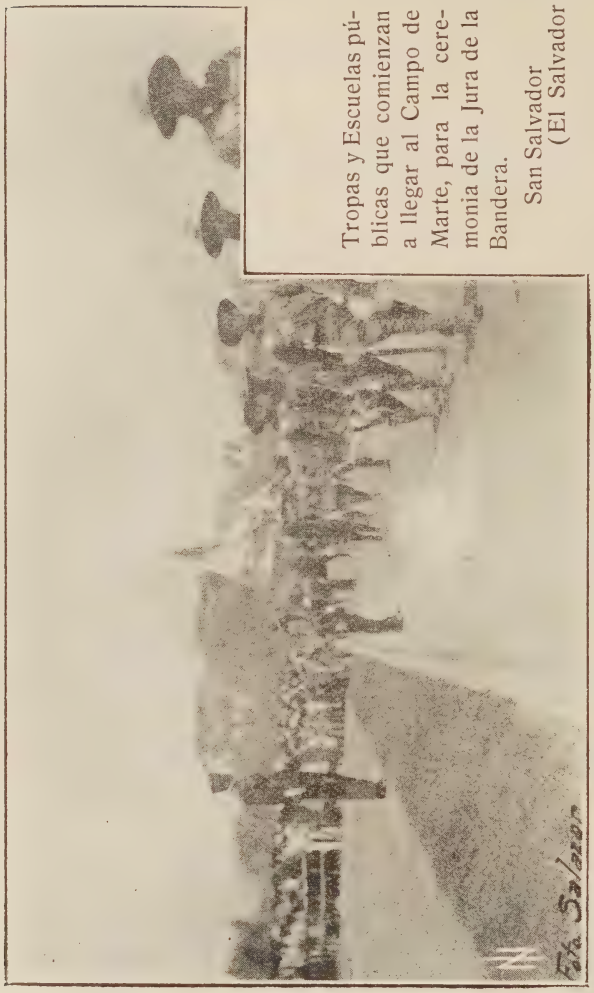
Estaba próximo el día cinco de noviembre de 1923; me encontraba yo en San José de Costa Rica y el Cónsul General de El Salvador en aquella República, que es persona diligente e interesada por su país, tuvo a bien informarme que iba a publicar en un diario de aquella capital, con ocasión de esa fecha, un artículo recordatorio de la jura de la Bandera salvadoreña, por los alumnos de las Escuelas primarias, llevada a cabo en esta ciudad de San Salvador, el 15 de septiembre de 1915, y que reproduciría el discurso que pronuncié entonces, como Ministro de Instrucción Pública.

Este recuerdo, me ha sugerido la resolución de terminar el presente libro con la reprodución de dicho discurso, el cual es el siguiente:

«Señor Presidente de la República:

Señores:

Ninguna solemnidad tan significativa y atrayente; ninguna tan digna de la cultura de un pueblo, como la presente, tributada en homenaje de admiración y amor al símbolo augusto de la Patria.



Tropas y Escuelas públicas que comienzan a llegar al Campo de Marte, para la ceremonia de la Jura de la Bandera.
San Salvador
(El Salvador).

Foto Salazar.

En estos instantes, nuestros corazones levantan un monumento a la sagrada Enseña de la República, y en su derredor nos hemos congregado, rebosando de inmenso júbilo, unos para presenciar la ceremonia imponente, conmovedora y altamente sugestiva, y otros, ciudadanos del porvenir, para presentar sus votos de adhesión y acendrado afecto, al ideal más noble de las aspiraciones patrióticas, y ofrecer su cariñosa ofrenda a la adorable Insignia de nuestras instituciones.

Las promesas de la niñez y de la juventud que muy en breve escucharemos, significan el enaltecimiento de la Patria y anhelos de dicha y de gloria para esa idealidad, apetecida y acariciada de todos los hombres libres.

El culto reverente a la Bandera, emblema de las legendarias tradiciones, del honor y de la libertad nacionales, que se inaugura hoy oficialmente en El Salvador, en fecha inmortal de su historia, ha de venir, sin duda alguna, a dar vida y a mantener incólumes los entusiasmos por nuestros patrios lares y la admiración hacia las virtudes cívicas de nuestros Próceres y de nuestros Héroes.

Que flamee victorioso y límpido el Pabellón bicolor en las enhiestas cumbres de nuestras más vehementes afecciones; que sus triunfos no se marchiten jamás, y que tengan una

gran resonancia las protestas que le serán rendidas, como un tributo fervoroso a sus glorias inmarcesibles.

Niños y jóvenes de las Escuelas:

Váis a formular la promesa más alta y más solemne que un hombre, consciente de sus deberes, ha de prestar en el transcurso de su existencia.

Grabad ese voto en lo más íntimo de vuestras almas, y recordad siempre, que amar a la Patria es el sentimiento más sublime que debe arder con fuego inapagable, en el corazón de los buenos ciudadanos».

ÍNDICE

	PAGINAS
Disposición para que se imprima este libro. .	3
Dedicatoria.	5
Prólogo	I
El Salvador.	9
República Mexicana	15
Brasil	22
Argentina	25
La Cordillera.	36
República de Chile.	41
Una Candidatura simpática.	41
Otras Páginas—Ejército Chileno	48
Un Marino Célebre	49
General Paraguayo.	50
Un Salvadoreño.	51
Regreso a El Salvador—Unas Consideraciones.	52
Estudios sobre Enseñanza	55
Un acontecimiento—El Acorazado Hundido. .	87
Las Cosas Vistas desde Arriba	91
Cuba.	97
Estados Unidos de América	103
Puerto de Colón.	123
Costa Rica.	128
Administración González Víquez	129
Administración González Flores	132
Administración Acosta	139
Otras Consideraciones.	142
Marcelino García Flamenco.	152
Neutralidad Benévola y la Diplomacia Nueva .	162
La Jura de la Bandera.	175

APR 10 1926

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028531697